

LA ESQUINA DE LA CASA

QUEMADA



CALIXTO GUTIERREZ AGUILAR

2024. Autor:
Calixto Gutiérrez Aguilar

Fondo Editorial UNEFM
Falcón – Venezuela

Edición: Wilmara Borges
Corrector: Jesús Madriz

HECHO DEPÓSITO DE LEY
Depósito legal: FA2024000045
ISBN: 978-980-245-146-3

Versión digital:
Fondo Editorial UNEFM
Derechos reservados



AUTORIDADES UNIVERSITARIAS

Dra. Juogreidin Cerero
Rectora

Dra. Lolynn Primera
Vicerrectora Académica

Lcdo. José Ramírez
Vicerrector Administrativo

Esp. Migdanys González
Secretaria



FONDO EDITORIAL UNEFM

Dr. Freddy Rodríguez
Director

Dr. Jesús Madriz
Dr. José M. Nava

Lic. Wilmara Borges (MSc.)
Lic. Yudyth Revilla (MSc.)

A Elvis Mendoza por el impulso inicial...
A mis alumnos de UNEARTE FALCÓN sede Coro 2018-2021.
A todos mis compañeros de camino en Cultura UNEFM.

Advertencia: Los hechos que aquí se narran y los personajes que los protagonizan son mera invención del autor. Cualquier coincidencia con la realidad histórica es simple casualidad.

ÍNDICE

Presentación	9
Capítulo I	11
Capítulo II	20
Capítulo III	29
Capítulo IV	38
Capítulo V	48
Capítulo VI	57
Capítulo VII	68
Capítulo VIII	77
Capítulo IX	86
Capítulo X	96
Capítulo XI	105
Capítulo XII	114
Capítulo XIII	123
Capítulo XIV	132
Capítulo XV	138
Capítulo XVI	144
Capítulo XVII	150
Capítulo XVIII	154

PRESENTACIÓN

La esquina de la casa quemada: **Bifurcaciones entre lo anecdótico y lo histórico**

La lectura que ofrece Calixto Gutiérrez a través de su obra “La esquina de la casa quemada” es diáfana, entretenida, y sostenida en una prosa de contornos depurados. Su extensión es relativamente corta, sin embargo, hay en ella una suerte de madeja bifurcada en senderos que se antojan diversos y provistos de variadas influencias.

El primero de estos senderos se advierte en la compleja construcción que realiza el autor del personaje central y narrador del relato, cuyo tránsito de niño a adulto - colmado de viajes, reencuentros y desencuentros – delinea las bases de una novela de formación, o novela de aprendizaje, de la cual encontramos grandes referentes nacionales en las plumas de Teresa de la Parra y Manuel Díaz Rodríguez, solo por nombrar algunos.

Una segunda línea de sentidos, y posiblemente de las más imponentes, se encuentra escrita en clave histórica y protagonizada por el desalmado, iracundo y sanguinario coronel Mora, apodado “el diablo”, quien es referencia ineludible del dictador latinoamericano; arquetipo medular de nuestras letras.

En medio de esta madeja de senderos resalta también el vínculo con el terruño, con la casa primera, y con ello la nostalgia del pasado desdibujado por los avatares modernos:

Los árboles no eran los mismos y algunas casas de la calle ya no estaban. En su lugar había ahora construcciones modernas y de mal gusto. Algún idiota bien intencionado o algún ignorante con pretensiones de sabio, había hecho “pintar” el obelisco del monumento a la resistencia con un asqueroso esmalte de tercera categoría cubriendo aun las inscripciones en bajorrelieve (p. 112)

Lo que a su vez conecta con la vasta tradición literaria falconiana que encuentra en la infancia y sus evocaciones un lugar de refugio.

Ahora bien, más allá de sus notables influencias, propias del lector con amplia cultura general, también evidenciamos la voz madura del escritor quien ha sabido mantener a lo largo de todo su proceso creativo y variedad de obras, un sello peculiar, como la aparición de frases salpicadas de humor “¿Y por eso tenías esa cara de culo?” (p. 36), que sin dudas lo posicionan como un notable exponente de la literatura falconiana contemporánea.

Jesús Madriz



CAPÍTULO I

Cuando mediaba la década de 1960 volví de Caracas a Puerto Real porque en poco tiempo más me graduaría de la universidad y por esos días andaba yo en los trámites para gestionar una beca gubernamental que me llevaría a E.E.U.U. para realizar mis estudios de posgrado. Mi abuelo Evaristo ya se encontraba bastante mayor y muy debilitado por causa de sus innumerables achaques. Temiendo que él muriera mientras yo estuviese por el extranjero, resolví pasarme unas tres semanas con él, por si acaso.

La suya fue siempre la casa de todos. Ir donde mis abuelos en Puerto Real daba sentido a mi vida y a la de mis hermanos y mis primos.

Aunque la abuela Elina murió cuando yo era muy pequeño, volver a esa casa era siempre algo muy reconfortante: salir a la playa, mirar la faena de los pescadores, bañarnos por la tarde en el mar.

Por la noche, era todo un colgar de hamacas y un esparcir de colchonetas por los corredores de aquella casona entrañable para esperar al sueño en medio de conversaciones tan triviales como interminables.

Mi tía Ana Jacinta se había quedado con el abuelo después de divorciarse de un español pretencioso que al poco tiempo se volvió a su tierra. Tras de él, se fueron Ana y Felipe, los hijos que tuvo con mi tía.

El abuelo Evaristo era un hombre que no causaba molestias, se conformaba con todo lo que recibía y más bien en muchas ocasiones

se dejaba invadir por una suerte de melancolía profunda que solía conducirlo a un estado de quietud y mutismo casi catatónicos.

Abuelo era “un hombre triste” al decir de mucha gente que lo conocía desde los días de su juventud. José Garch, por ejemplo, era uno de los que calificaba de “hombre triste” a mi abuelo Evaristo.

Al señor José se lo llamaba “el catalán” o “Joseíto el catalán” pero no había nacido en Cataluña sino en el oriente venezolano en un caserío –hoy extinguido– muy cerca de Barcelona, la capital del estado Anzoátegui. Sobre si era o no catalán su apellido, él nunca tomó razón de ello. No era cosa que le interesara mucho.

A Joseíto le debo todo lo que fui conociendo sobre mi abuelo, sobre Puerto Real, sobre el infausto coronel Mora y la historia de la casa quemada. Hasta el último de sus días –y esto es literalmente así– “Joseíto el catalán” me distinguió con su amistad y su cercanía.

Pero en aquella ocasión de mi última visita al abuelo no entré en tratos con más nadie que no fuera él mismo y con mi tía Ana Jacinta, únicos habitantes de aquella casona cuyo portón trasero daba a la playa.

Ni bien llegué a la ciudad me fue muy fácil conseguir transporte para Puerto Real pues está apenas a unos doce kilómetros al este de Santa Ana, la capital del estado. Aquí, en esta ciudad, crecimos mis hermanos y yo con algunos otros parientes. La idea era permanecer siempre cerca de Puerto Real para estar a las órdenes de los abuelos.

En sus juventudes, la abuela Elina se desempeñó como oficinista en la Agencia Aduanera Nacional y el abuelo fue secretario del tribunal municipal. Mucho después de jubilarse seguía ejerciendo “Ad honorem” por el mero hecho de mantenerse ocupado fuera de casa.

Junto a ello, mi abuelo poseía una pequeña granja multipropósito en las estribaciones de las montañas que están al sur de Puerto Real a no más de media hora o unos cuarenta minutos de la casa. Todo el año se cultivaba algo y nunca faltaron, aunque en proporciones modestas, vacas, cabras, gallinas y otros animales de corral. Sé que hubo un alambique y que también por mucho tiempo se aserró madera y se fabricaron ladrillos. De todas estas cosas, mi abuela Elina fue el motor, por eso a nadie extrañó que a su muerte todo el ritmo de actividades productivas se ralentizara hasta el punto de casi desaparecer por completo.

Hace relativamente poco, cuando la industria gasífera se dio a la compra compulsiva de extensas cantidades de terreno y para evitar la medida de “adquisición forzosa” mi tío Julio Manuel representando a los abuelos se transó con el gobierno en un precio casi justo, y así, aquel lote paradisíaco y ubérrimo fue traspasado al estado.

En sus inmediaciones queda actualmente una planta de llenado de gases licuados.

Mis abuelos no fueron los únicos en vender, pero sí, al parecer, los únicos en cobrar completo el dinero de la transacción. Un cambio

de gobierno y de las leyes de hacienda, minería y ambiente; dejaron a más de uno “con los ojos blancos y sin vista”

Cerca de “El Reposo” –que era como se llamaba la posesión de mi abuelo- había un camino empedrado que conducía a “La Mora” y de niños era la mayor de las prohibiciones que pudiéramos conocer.

Nada, nada en el mundo podría considerarse mayor infracción que aventurarse por aquel sendero siempre limpio que llevaba a la que otrora fuera la hacienda del coronel Mora.

Yo sabía de oídas que aquello se había convertido en una gran extensión de tierras incultas y que la casa pese a estar abandonada y derruida, conservaba todo su mobiliario pues nadie nunca se atrevió a sacar nada de allí.

Se hablaba de gritos espantosos, de almas vagando en pena eterna, de olores nauseabundos que sólo eran exhalados por aquel lugar en las noches sin luna, y de mil cosas más. Se dijo que en una ocasión dos ladrones la escogieron por guarida y que a los pocos días uno de ellos mató al otro a la entrada del camino empedrado; y luego el asesino terminó suicidándose al despeñarse en “Los Reventaderos”

Siempre me resultó algo curioso al pasar frente a la entrada de “La Mora” que el camino que conducía hacia el interior de la hacienda se encontrara en tal estado de pulcritud que daba la impresión de haber sido recién barrido concienzudamente. Ni siquiera entre los resquicios de las lajas del empedrado se acumulaban las hojas muertas o cualquier otro desecho. El portón no existía desde quién

sabe cuándo, pero el miedo hacía de vallado infranqueable. Se veía al camino empedrado abrirse paso bajo los grandes árboles y girar a la izquierda, pero no más.

Yo nunca vi la casa ni ninguna otra instalación de “La Mora” porque para mis hermanos, para mis primos y para mí el seto de miedos funcionó a la perfección.

En cuanto a la vida que tuve por tres semanas en Puerto Real en compañía de mi abuelo y de mi tía no tengo queja alguna. Me habría gustado, eso sí, hallar al abuelo un tanto más conversador, más activo, menos melancólico y rutinario.

Aunque despertaba temprano no se esforzaba por salir de la cama antes de las nueve de la mañana. A esa hora, mi tía Ana Jacinta le llevaba café y ya lo conseguía sentado en una mecedora escuchando un noticiero junto al equipo de radio. Todavía podía asearse por su cuenta. Esto incluía el afeitarse cuidadosamente. Y, aunque podía caminar con lentitud e iba un tanto encorvado, para salir a la calle prefería la silla de ruedas.

De tarde en tarde, cuando la melancolía se le acentuaba más de lo habitual, mi abuelo se hacía llevar hasta el centro del pueblo, dos o tres cuadras más arriba de su casa.

Allí, en la plazuela del monumento que conmemoraba la heroica resistencia de los porteños al asedio extranjero de finales de 1800 se quedaba en silencio contemplando la nada, o mirando tal vez al pasado como deduje después.

En el monumento a la victoria, que recordaba además la existencia de un viejo fortín colonial destruido por los cañones italianos, había una serie de bancos de mármol maravillosamente elaborados y decorados con volutas y coronas de laurel. Había también, grabadas en las placas que simulaban sostener un mediano obelisco, unas locuciones en latín que nunca me preocupé por leer siquiera. Igualmente, podía leerse allí una expresión atribuida al presidente de la república sobre no sé qué cosa del pie extranjero y el suelo sagrado de la patria.

Justo al frente de este monumento la hilera de casas terminaba en una esquina truncada, vacía. Se notaba con claridad que en algún tiempo hubo allí una casa, y también, que hacía mucho tiempo desde que la casa existió. Lo que restaba de los pisos estaba ennegrecido, diríase más bien, carbonizado.

Lo único que hacía penosos los viajes de ida y vuelta por aquellos días que estuve con abuelo en Puerto Real era su empecinado silencio, su hermetismo.

Ni bien llegábamos al monumento, y en cuestión de tres a cinco minutos, me indicaba sin palabras que debíamos regresar. Una vez en casa, se apoltronaba con tal desgano que más bien parecía que se dejaba caer en lugar de sentarse. Parecía gastado, sin fuerzas, como quien vuelve de un doloroso viaje al propio pasado.

Con mi tía Ana Jacinta las cosas eran diferentes. Era amiga de la cerveza y del vino, de la buena mesa y las buenas lecturas. Fumaba

sin ser fumadora empedernida, más bien, de vez en cuando se echaba “*un fumito*” como ella misma lo llamaba.

Estuvo un par de días en Santa Ana porque aprovechó mi presencia para poner al día los asuntos de su casa, la correspondencia con sus hijos y alguna que otra cosa más. Una señora, no muy mayor ella, cuyo nombre y facciones he olvidado, nos ayudaba en la casa con la labor de limpieza, lavado, planchado y cocina.

Un señor muy amable, al que caracterizaba una evidente deficiencia intelectual, hacía de barrendero en los patios y el jardín de la casa unas tres veces por semana.

Alrededor de las nueve de la mañana mi tía hacía abrir el portón que daba a la playa y lo dejaba así hasta cerca de la una. A esa hora se lo cerraba para que pudiéramos almorzar tranquilamente y luego lo abríamos como a las cinco de la tarde para cerrarlo con las primeras tinieblas. No era de extrañar, por ejemplo, que la noche nos llegara estando en los umbrales del portón disfrutando una cerveza y hablando de mil cosas.

Recordé con absoluta claridad que en mis días infantiles había una imagen de la virgen de Guadalupe entronizada en el patio y que teniendo yo alrededor de unos cuatro años nos reuníamos con la abuela Elina para rezar el rosario por la noche. No sé por qué, pero al punto, me invadió una especie de nostálgica ternura.

- ¿Tú no rezas tía? –pregunté con no sé qué expresión en el rostro.

Y haciendo una mueca de desagrado me respondió.

- ¡No! ¡Esas eran vainas de mi mamá!

Y así, entre viejos rituales familiares, recuerdos entrañables, paseos cortos y cuentos largos; tardes serenas y cerveza fría, transcurrieron aquellos veintiún días en casa de mis abuelos. No me restaba al regresar a Caracas sino ajustar con mi tutor algunos detalles de la tesis de grado y esperar a que el consejo universitario me asignara una fecha para la defensa.

No sé por qué lo que en principio era una vaga intuición cobró fuerza de certeza y vine a tener claro que en poco tiempo el abuelo Evaristo se moriría.

Nos despedimos sin dramas, me bendijo, me aconsejó, me entregó unos dulces para mis padres y una serie de razones para mi tío Julio Manuel y para mi tío Juan Francisco que también como nosotros – mis padres, mi hermana y yo- estaban establecidos en Caracas desde hacía algunos años.

Con mi tía la despedida fue más simple y obtuve de ella la promesa de que me acompañaría en mi graduación. Sabíamos que no se podría debido a que no había con quien dejar al abuelo, pero ambos disfrutamos aquella esgrima de mentiras.

CAPÍTULO II



- ¡Coronel Mora! ¡Coronel Mora! ¡Coronel Mora, deténgase por favor!

Poseído por una ira incontenible el coronel Mora había caído en uno de esos ataques de furia que le habían dado fama en Puerto Real y en casi todo el estado. El gobernador y los jefes militares de la capital por supuesto que estaban enterados de la forma cruel e inhumana con la que su representante solía actuar cuando algo o alguien lo ponía fuera de sus cabales, pero no estaban dispuestos a enfrentarlo. También en Santa Ana se temía al coronel Mora.

Por los más fútiles motivos se encendía la cólera de aquel hombre generalmente parco en las palabras y en los tratos, de porte y gestos marcadamente castrenses, de estatura por encima del promedio y de cabello rojizo siempre en corte militar.

Corpulento y de muy bien timbrada voz, el coronel Mora tenía, pese a su origen y acento andino, tenía un aspecto de marinero irlandés por lo que a sus espaldas se lo llamaba “el colorao” o también “el rojo” y no fueron pocos quienes le decían “el diablo”

- ¡Coronel Mora! ¡Coronel Mora! ¡Coronel Mora, deténgase por favor! –gritó de nuevo el padre Albarrán desde la acera contraria a la atroz escena.

Pero el coronel no escuchaba. Con rostro inexpresivo seguía extendiendo y alzando la gran mano abierta para dejarla caer una y

otra vez en fuertes bofetones sobre “Turulo” sin que nadie supiera a qué se debía la descomunal golpiza.

- ¡Coronel Mora! ¡Por Dios! –gritó la señorita Emiliana- ¡Que va a matar a ese pobre insensato, coronel!

El ruido de un disparo cercano hizo que Mora saliera del trance iracundo en el que se había sumergido momentáneamente. Al dirigir la mirada hacia el público reunido a distancia prudencial vio como el doctor Contreras sostenía el revólver.

Con voz firme pero con inocultable temblor de manos y piernas, Contreras espetó:

- ¡Compadre, deje ese hombre quieto! O el próximo tiro es a pegar...

Mora, que ya sostenía a “Turulo” por el cuello de la franela para azotarle la mano una vez más, lo dejó caer con cierto desgano en la calle.

Se arregló un poco la ropa, recogió de la acera los víveres que pocos minutos antes había comprado en lo de Rivas, y con aire marcial entró a su casa.

- ¡No lo mató de vaina! ¡Pobre hombre, Dios mío! ¡Pero si esta criatura no se mete con nadie!

Turulo, inconsciente, fue recogido en una improvisada parihuela y llevado al puesto de socorro por varios vecinos consternados.

Por muchos días todos en Puerto Real estuvieron preguntándose qué pudo haber hecho Turulo para enfurecer al coronel Mora hasta el punto de molerlo a golpes de mano abierta.

Nunca nadie supo cómo aquel pobre insensato se estableció en Puerto Real. Para todos resultaban desconocidos su procedencia y su nombre verdadero. Se lo conocía por su gravísima dificultad para pronunciar, por su baja estatura, por lo evidente de su retraso mental; y por su disposición para los recados y mandados. En lo de Rivas se ganaba la vida acarreado las compras de algunos clientes y haciendo de caletero para algunas embarcaciones de pequeño y mediano calado. No era amigo de tragos ni pependencias, ni, a diferencia de otros, solía propasarse con las mujeres.

Por muchos días todos en Puerto Real estuvieron preguntándose qué pudo haber hecho Turulo para enfurecer al coronel Mora

- ¿Usted qué piensa doctorcito? –preguntó llorosa la señorita Emiliana mientras devolvía el estrujado pañuelo al bolsito de mano.

-Señorita Emiliana, en estos momentos me resulta muy difícil hacer un diagnóstico acertado. Tendríamos que llevarlo a Santa Ana para ver si es posible ampliar las consultas con otros colegas. Pero yo no me atrevo a moverlo... -dijo el doctor-

¡Sagrado Corazón de Jesús! - exclamó la señorita antes de hurgar de nuevo en el bolso de mano para buscar otra vez el pañuelo.

Un hombre que hacía de camillero y de auxiliar de enfermería llegó corriendo a buscar al médico y lo sacó de la conversación. En la sala

de observación, una enfermera corría desesperada de un lado a otro buscando envases, revisando estantes, colectando gasas y papel: Turulo había comenzado a tener vómitos de sangre.

La señorita Emiliana que alcanzó a oír el motivo por el cual buscaron al médico salió del puesto de socorro y se dirigió apresurada a la casa parroquial pero no encontró allí al padre Albarrán.

El párroco se había ido a la casa del jefe civil y conversaba con él en el estricto privado de una de las habitaciones traseras. Parecía como si todavía allí tuvieran miedo de ser escuchados y alcanzados por la furia del coronel.

- ¿Qué vamos a hacer ahora doctor Contreras? ¿También le vamos a dejar pasar ésta? - preguntó el cura con ánimo contrariado.

- ¡No me ponga en apuros padre Albarrán, no me ponga en apuros! -replicó el doctor Contreras con evidentes muestras de no dominar del todo lo que había vivido hacía un rato frente a la casa del coronel Mora.

- ¡Si usted no llega lo habría matado! ¡Usted sabe que eso es intento de homicidio! ¡Un asesinato frustrado! ¡Haga algo, por favor!

Contreras dejó de caminar y preso de una súbita indignación le dijo de mal modo al padre Albarrán mientras lo señalaba con el índice derecho:

- ¡Usted ya estaba ahí y tampoco hizo nada por detenerlo!
¡Usted también dejó que lo maltratara! ¡No me venga con tochedas,
señor cura!

En defensa de su cobardía alegó el padre Albarrán que él era un ministro de Dios, y por ende, un hombre llamado a sustraerse a todo tipo de conducta violenta. Contreras lo miró con evidente desprecio y le dijo:

- ¡No me venga con tochedas, señor cura!

El coronel Mora y el doctor Contreras eran paisanos; al igual que Rivas y un tal Duque que se estableció en Santa Ana, provenían de la zona andina del país.

Eran de los llamados “Gochos” que habiendo llegado al poder con el final del siglo XIX a inicios del XX ya se hallaban dispersados por todo el país ejerciendo funciones de gobierno civil o militar, administrando justicia o regentando aduanas y direcciones nacionales de todo cuanto se pudiera imaginar.

Una muchacha con expresión asustadiza, de blanca tez y ojos hermosos se detuvo a la puerta del cuarto donde conversaban el padre Albarrán y el doctor Contreras:

- ¡Papaíto! Que lo busca la señorita Emiliana. Que dice que es urgentísimo...

Los hombres salieron a la sala y tras calmarla lo suficiente como para poder entenderla, acompañaron a la señorita Emiliana de vuelta al puesto de socorro. De camino, ella recuperaba detalles y relataba:

¡Imagínese que lo arrastró por la calle como un saco de basuras! ¡El pobrecito tan enclenque que ha sido siempre! ¡Lo hizo volar por los aires! ¡Lo aventó contra el piso y luego lo levantaba para soltarle esos manotazos! ¡Ave María Santísima doctor! ¡Es que usted no lo vio bien doctor Contreras! No se puede reconocer. Yo creo que le fracturó la cara... ¡No se conoce de tan hinchado que está!

El trío no tardó en llegar al puesto de socorro donde el médico les dijo que una vez superado el ataque de vómitos, el pobre hombre había salido del letargo y comenzaba ya a quejarse con grandes lloriqueos. Según el médico, aquello era una señal inequívoca de que habría de salvarse.

El cura hizo llevar sábanas y ropa limpia para el herido. Habló con el viejo Rivas para entenderse con respecto a proveer lo que hiciera falta para la recuperación del pobre hombre e hizo arreglos para recibirlo en un viejo depósito con el cual contaba la casa parroquial. Emiliana y otras dos mujeres fueron esa misma tarde para disponer la habitación y dejarlo todo recogido y limpio.

Con las primeras tinieblas, la señorita Emiliana ya en su casa, encendió las lamparitas de los santos y de las ánimas. Rezó llorosa casi todo el devocionario asaltada continuamente por las imágenes

terribles de aquel día. Salió al frente y constató el vacío de la calle. Entró a la casa y trabó muy bien la puerta y las ventanas del frente antes de apagar las lámparas.

Oía el susurro del oleaje cercano, la canción quejumbrosa de las viejas maderas a las que apenas mueve la marea, y por un lejanísimo rumor de sirena supo que mar afuera pasaba un vapor frente a Puerto Real con rumbo a Puerto Cabello o La Guaira.

Fue desnudándose con cuidado, parsimoniosa, lujuriosa casi. Antes de salir a la pieza exterior donde habría de “hacer del cuerpo” y tomar un baño tuvo el cuidado de descorrer la tranca que cerraba la puerta del patio que daba al callejón, de seguro estaba ya muy cerca de las nueve. Alrededor de las nueve y media una figura masculina, embozada de manera misteriosa en un desusado capote se escurría por el patio hasta la habitación donde Emiliana aguardaba encendida en deseo carnal para entregarse a una jornada amorosa que como cada miércoles y jueves era en extremo intensa, fogosa; salpimentada con promesas, reproches, regalos y reclamos, y que los meses de secretismo no habían conseguido extinguir.

Cerca de las cuatro de la mañana, Emiliana -tras asearse concienzudamente y tomar un baño con agua de jazmines serenados- llevó a su habitación una bandeja con dos tazas de café recién colado. Se sentó junto a una mesilla en la que un débil candil brindaba luz apenas suficiente como para no sentirse en la total oscuridad.

El hombre venía de bañarse allá afuera y con aire impúdico terminó de secarse delante de ella para luego vestirse y peinarse prácticamente a tientas.

Mientras se calzaba sentado a la orilla de la cama miró a Emiliana y ella le señaló el café puesto en la mesilla junto al candil.

- ¿Tampoco esta vez se va a hacer nada con ese hombre? – preguntó ella

- ¡Déjate de tochadas Emiliana! No quieras ponerme en un apuro...

Sin terminar de arreglarse, sin tomar el viejo capote y sin siquiera probar su café; el hombre salió del cuarto y buscó por el patio la puerta del fondo para salir al callejón en penumbras. Emiliana frustrada pasó la tranca y fue directo a la sala para sentarse a esperar.

Unos golpecitos casi imperceptibles en la cerrada ventana del frente le hicieron abrir sigilosamente la puerta para entregarse a otros besos, a nuevas caricias, a otro manoseo indecoroso, y, finalmente a un amor doloroso por lo rápido e intenso, por lo furtivo.

- ¿Qué te dijo?

-Que me dejara de tochadas, que no lo pusiera en apuros...

- ¡Lo mismo que me respondió ayer!

CAPÍTULO III



Mi abuelo Evaristo se agravó en la misma semana en que sería mi graduación y murió dos días después de que yo me recibiera.

Por supuesto, ni pensar en viajar a Puerto Real porque tenía entre manos un montón de trámites que me tomarían algún tiempo. Y nada, porque las diligencias habrían de demorarse todavía un poco más, terminé aceptando un cargo en la compañía de un amigo de papá, gran contratista del gobierno de entonces.

A la par de recorrer el país calculando, supervisando, fiscalizando y ejecutando obras de gran envergadura insistía yo en lo de mi beca para continuar estudios en E.E.U.U.

Por fin se me hizo y pude viajar a Norteamérica para establecerme allá. Me prometí a mí mismo dos cosas: que no viajaría a Venezuela antes de graduarme, y que no me quedaría a vivir en E.E.U.U.

Yo iba a lo que iba, y una vez obtenida la especialización, saldría corriendo de aquel país de locos.

Al final de aquella década, y habiendo ya terminado mi posgrado, acepté participar de algunos cursos y diplomados en calidad de alumno y en calidad de instructor. Viajé al sur de E.E.U.U. para incorporarme a la Universidad de Florida, y me establecí en Gainesville, por supuesto.

Una era de horrores estaba por llegar a su fin con la masacre que sufrieron aquellas muchachas de la fraternidad estudiantil y la posterior detención de su autor, un sicópata narcisista; un auténtico aberrado que situó a la sociedad norteamericana frente al más

terrible de los hechos concebibles para entonces: el peor de los enemigos estaba en casa y no en las naciones lejanas de regímenes no democráticos.

Claudine, quién por entonces era alumna de intercambio y hacía las veces de mi novia, no pudo soportar todo aquello debido a que la unía una íntima amistad con una de las víctimas fatales y decidió volver a su natal Martinica, en las llamadas Antillas Francesas. Su padre, como otros isleños acaudalados, había levantado una gran fortuna con el negocio azucarero y si no recuerdo mal ejercía alguna representación política en Fort-de-France.

Yo me acostumbré a viajar frecuentemente a la isla hasta que poco a poco aquel romance terminó por enfriarse y resolvimos dejarlo en los mejores términos.

Sólo entonces caí en cuenta de que debía regresar a mi país.

Volví una última vez a E.E.U.U. para recoger algunas cosas. Unas las rematé en un mercado de pulgas, otras las regalé, puse fin a mis relaciones laborales; y muy seguro de no volver mandé mucha gente a la mierda.

Ligero de equipaje y a las puertas de mis treinta años, regresé a Venezuela.

Los primeros días fue un quedarme en casa y de repente dar un corto paseo por los alrededores. Me dediqué a ponerme al día en los asuntos de orden familiar: defunciones, nacimientos, matrimonios, divorcios, huidas o regresos. Papá y mamá tenían hambre de hablar

y ahí estaba yo con ansias de escuchar. Para nuestra fortuna, una semana tal vez nos bastó para agotar nuestros afanes informativos.

Supe que mis primos españoles, Ana y Felipe, a fuerza de insistir habían conseguido que mi tía Ana Jacinta se estableciera con ellos por al menos una temporada al año. Algún año también, muy a su disgusto, le habían hecho quedarse más de lo previsto para hacerle recorrer buena parte de Europa. Pero mi tía Ana, fiel a sus raíces, siempre volvía a Puerto Real.

Supe que ella había vendido su casa de Santa Ana y que en mantener la casa de los abuelos había consumido buena parte del capital obtenido. Sin embargo, aquello lo hizo con gran satisfacción. Ya tendría tiempo yo de pasarme unos días en Puerto Real, pensé en aquel momento.

Mi tío, Julio Manuel seguía viviendo en Caracas. Sentí como una gran deferencia de su parte el haber acudido a casa para saludarme ni bien llegué. En un gesto que me sorprendió gratamente trajo de regalo una botella de Ponche Crema.

Él repartía sus días entre Caracas y las cercanías de Los Teques porque allá tenía una pequeña finca productora de frutas y flores.

No sé por qué nunca nos acostumbramos a llamar “tía” a su mujer y la tratábamos de “Nina” como un hipocorístico de Carmelina que era su nombre real. Era una mujer en extremo tranquila y agradable puesta siempre a lo suyo. Según mi papá, además de crisantemos y duraznos mi tío cultivaba otras cosas en los altos mirandinos:

- ¿Tú vas a creer que Julio no tiene una mujercita por allá?
¿Con lo zángano que es?

Yo después de reírme del comentario no quise añadir cosa alguna porque no me imaginaba a mi tío en esos trances de adúltero.

Unos veinte días después de haber llegado acepté coordinar unas mediciones y replanteamientos en el extremo sur del país. Recuerdo que por aquellos días estuve tentado de quedarme en Brasil a causa de unas amistades que establecí allá debido a mis frecuentes viajes por Manaus y Boa Vista.

La verdad sea dicha, quise establecerme en Brasil por un amorío intenso que tuve con una muchacha llamada Bruna. Producto de aquellos amores tengo dos hijos. José, que vive en Manaus; y Amanda Luciana que vive en Curitiba. Bruna estuvo como por tres años yendo y viniendo de Brasil. No nos casamos porque ella nunca quiso. De seguro que me habría casado con ella ni bien aceptara.

De la noche a la mañana la sensatez de mamá -quien siempre había mostrado brillantez y buen juicio- comenzó a languidecer a causa de una suerte de demencia senil prematura. Consideré quedarme si no en Caracas, al menos muy cerca porque ahora todos debíamos echar el hombro para atenderla lo mejor posible. Con mis referencias laborales y académicas no me iba a resultar difícil encontrar colocación. Así las cosas, devine en profesor universitario, asesor de la cámara municipal caraqueña y de la gobernación del distrito federal; y por un período de cuatro años, ocupé un viceministerio.

Si no fui postulado a un cargo mayor se debe al hecho de que nunca he militado en partido político alguno.

Cuando comenzó lo de mamá conocí a Gladys. Era hija de una vecina nueva y recién se graduaba de enfermera. Lo nuestro fue un auténtico flechazo y a los pocos días compartíamos intimidad. En unas semanas nos presentamos como novios delante de todos y exactamente al año de habernos conocido nos casamos. Tenemos una hija (no fue posible tener más por cierta condición de Gladys) y hasta donde a mí me parece, somos felices.

Ana Elina, mi hija con Gladys, suele vacacionar en Brasil con sus hermanos mayores.

Tuve ocasión de ir a Cancún, a Panamá, a Buenos Aires, a Lima y a Ciudad del Este en viajes de capacitación e intercambio de experiencias en cuanto a desarrollos costaneros.

Estuve también en Barcelona y en Venecia. En Italia, por cierto, coincidí nuevamente con un ingeniero de apellido Cooper quien me reprochó que cuando estuve en Gainesville yo lo hubiera mandado de paseo a donde lo mandé. Simulando un mal inglés, le ofrecí disculpas por no recordarlo; aunque ciertamente tenía clarísima memoria de él.

La idea de tales viajes era acopiar toda la información técnica posible para implementar proyectos similares en nuestro país.

Los primeros cuatro proyectos se hicieron realidad al extremo oriente, concretamente en Sucre y Delta Amacuro, y a día de hoy siguen siendo muy rentables y atractivos.

Encabecé los estudios para dos proyectos similares en las riberas del Lago de Maracaibo pero los empeños localistas de ciertos dirigentes y propietarios dieron al traste con lo que aspirábamos realizar.

Entonces, una noche en que tomábamos un par de copas en la terraza, mientras Gladys iba y venía del cuarto de mamá, papá me sugirió que volviera a Puerto Real y que estudiara la factibilidad de realizar un bulevar costanero o algo similar en “Los Reventaderos”

Hasta ese momento no había vuelto a pensar en mi terruño natal ni a recordar los días de mi infancia...

Sucedió que por aquellos días un paisano nuestro de apellido Loaiza fue nombrado ministro del despacho de urbanismos, vivienda y desarrollo. Me hizo su viceministro y me encargó que desarrollásemos proyectos y obras en favor de nuestra tierra natal.

Los festejos por mi designación se vieron empañados por la repentina muerte de mamá.

Ni bien pasaron los días del duelo inicial se me dio por pensar en la propuesta de papá para desarrollar algo allá en “Los Reventaderos” y para ello solicité informes a la oficina estatal y a la delegación municipal de urbanismos, vivienda y desarrollo.

Yo de aquel lugar tenía muy vagos recuerdos gráficos y sí buena memoria de las leyendas que rodeaban aquel punto de barrancos y acantilados donde el mar rompe con fuerza inusitada, con violencia titánica; donde las olas, al decir de los lugareños “revientan” y de allí su nombre popular.

Pero ya puesto en funciones de viceministro, apenas si tenía tiempo de estar en mi casa y de pensar cada noche en qué ponerme cada mañana para ir al despacho. Estaba en Caracas por la mañana y atardecía en Mérida tras un breve paso por Barquisimeto. En otra ocasión volaba a Ciudad Bolívar y a la vuelta hacía parada en Valencia o San Juan de Los Morros, para ir a cualquier punto del llano. Ya estaba en La Fría como en Tucupita, en Cabimas como en Anaco.

Me hice a ese tren de vida y con ayuda de Gladys pude sobrellevarlo. Para el segundo año en el cargo me di cuenta de que no había tomado vacaciones y resolví hacerlo. Contra mis intenciones iniciales hube de quedarme en Venezuela porque Gladys, compadecida de papá, no quiso que viajásemos a Brasil cuando menos.

Papá se tomó muy mal la muerte de mamá ya desde los días inmediatos al sepelio. Progresivamente fue tornándose huraño, distante. En ocasiones, contra su natural genio, llegaba ser verdaderamente grosero e hiriente. Buena parte del día se lo pasaba en su cuarto yendo de la cama al sillón y del sillón a la cama. Pasaba días sin afeitarse y rechazaba las llamadas telefónicas de amigos y parientes con cualquier pretexto. Solamente con Gladys se permitía

una suerte de simpatía menor y nunca se mostró desagradable con ella. Mi mujer llegaba a reprocharle su abandono y malacara y entonces cedía al más elemental aseo: ducha, rasurado de barba, corte de uñas...

Si el mal humor lo poseía, solo Gladys podía exorcizarlo y averiguar las razones de su disgusto. Recuerdo que le preguntaba tierna pero directamente:

-A ver dime ¿por qué tienes esa cara de culo?

Cuando papá relataba las razones de su incomodidad, Gladys lo escuchaba atentamente y después de resolver el asunto, volvía por sus fueros:

- ¿Y por eso tenías esa cara de culo?



CAPÍTULO IV

Primero fueron los aterradores silbidos que como espantosos graznidos de muerte surcaban el aire de aquella fresca y tranquila mañana de diciembre, luego:

- ¡Plum! ¡Cataplúm!

Tras el estallido, la estrepitosa caída del campanario de la iglesia, gritos y llantos, carreras enloquecidas, rezos y maldiciones. Nuevos silbidos y luego:

- ¡Plum! ¡Cataplúm!

La casa de aduanas que pierde un costado y con queja de gigantesco animal herido deja caer parte del segundo piso levantando una polvareda mientras el suelo tiembla y el ambiente asfixia de pólvora y tierra quemada

- ¡Plum! ¡Cataplúm! ¡Plum! ¡Cataplúm! ¡Plum! ¡Cataplúm!

Y se reduce a nada el viejo fortín de San Pedro...

Sólo después de este primer ataque entendieron los porteños de qué iba el asunto con aquel barco de bandera italiana que desde muy tempranas horas amaneciera anclado a tan pocas millas de la costa, prácticamente en la propia playa.

Cerca de las tres de la tarde, sonó por dos veces la bocina de niebla y un bote con bandera blanca salió del buque con rumbo a tierra firme. En el muelle, un grupo de personas esperaba a la comitiva. Al tocar muelle lanzaron un cable para asegurar el bote pero el capitán

Mora, recién llegado de Santa Ana, tomo el cabo y lo devolvió a los tripulantes:

- ¡Aquí no pueden atracar!

El que hacía de comandante, en un muy mal machacado español explicó a los presentes que las demandas de varias potencias extranjeras permanecían insatisfechas y que la actitud morosa e insolente del gobierno venezolano les había forzado a tomar aquellas medidas tan drásticas. Que al día siguiente, y al siguiente, a la misma hora y en la misma dirección habrían de producirse nuevos bombardeos. Que por favor tomaran precauciones para evitar las bajas civiles. Que él comprometía su palabra en que una vez realizado el tercer bombardeo se retirarían a la isla de Aruba de acuerdo con las órdenes recibidas.

Un vecino de apellido Larreta desenfundó un revólver y apuntó al italiano que levantó las manos y dijo que venía a negociar, que venía en son de paz:

- ¿En son de paz hijo de puta? ¿En son de paz? –gritó Larreta poseído de rabia mientras se enjugaba las lágrimas con la manga izquierda y miraba alternativamente al italiano y a los desastres de Puerto Real.

El capitán Mora intervino:

-Baje el arma señor Larreta, baje el arma...

Mora explicó al italiano que nada sabían de las deudas en reclamo y que nada iba a conseguirse con destruir aquel poblado pacífico y desarmado.

El capitán Mora quiso hacerle ver que el cuartel de Santa Ana no contaba ni con la tropa ni con el armamento que hacía falta para presentarse al combate en igualdad de condiciones. Le recriminó al comandante extranjero el carácter pérfido de su acción y le dejó claro que tenía la obligación de responder a tal vileza aunque se hallara en desventaja.

Algo profirió el comandante italiano en su idioma (o tal vez en latín) que los tripulantes del bote rieron a carcajadas. Tal como habían llegado, así retornaron al buque.

Contrario a lo que es habitual en ellos, tres zamuros de gran envergadura sobrevolaron el barco cuando apenas quedaba luz del día. Luego, formando un triángulo perfecto se posaron sobre la cabina de mando.

La mañana siguiente la gente que quedaba en Puerto Real estuvo un rato agrupada en la orilla del balneario. Muchos habían huido a Santa Ana y otros a las montañas cercanas, pero, pese a que así había sido advertido, no se produjo el segundo bombardeo y todos volvieron a sus casas.

A media tarde, dos bocinazos advirtieron a la población que presurosa salió hacia el muelle con el capitán Mora a la cabeza. Los

zamuros permanecían impávidos donde mismo se habían posado la noche anterior.

El capitán Mora había despachado al jefe civil hacia Santa Ana alegando que ahora el asunto debía resolverse en el ámbito de lo militar. Mora se mostraba impasible a sabiendas de que no recibiría más que cablegramas con arengas y apoyo moral.

Según se le notificó la noche anterior, no habría movilización interna de tropas en la zona provincial. Los batallones andinos llegarían hasta Maracaibo en unos días pero el resto de las tropas se requerirían para defender a Puerto Cabello y La Guaira.

Un segundo cable le instaba a colaborar con hombres, sumándolos a los batallones que ya marchaban hacia Puerto Cabello pero el capitán Mora desdeñó la orden.

Al muelle llegó por segunda vez en bote con bandera blanca el italiano que hacía de comandante de aquel barco y que hablaba muy mal español. Sin embargo, se dio a entender para explicar que requerían de un médico o de algún practicante: un brote de fiebres y vómitos, repentinamente surgido, ya comprometía a buena parte de la tripulación.

El capitán Mora pidió a los vecinos retirarse a distancia prudencial. Les explicó que una probable peste se estaba desarrollando en el barco y que convenía evitar todo contacto con aquella gente a fin de asegurarse la imposibilidad del contagio.

Cuando todos comenzaban a retirarse, Mora ordenó:

- ¡Larreta! Usted no, usted quédese aquí...

Luego volvió a dirigirse al italiano explicándole que tal vez la enfermedad se debiera al Caribe, a la fuerza del sol, a un algo extraño que flotara en los aires marinos. Le dijo que también podría tratarse de alguna maldición o conjuro maligno lanzado por estas gentes de la costa tan acostumbradas a sortilegios y tan dadas a prácticas de oscurantismo y magia negra. De ser este el caso, resultaría muy difícil que salieran todos con vida de aquel trance.

Al comandante italiano le acompañaban en esta ocasión dos marineros a quienes su jefe iba traduciendo en simultáneo lo que el capitán Mora decía. Una mezcla de miedo y asombro traslucían sus rostros mientras el oficial superior mostraba gravedad y contradicción.

Mora le dijo que de producirse alguna defunción no podría recibir el cadáver en tierra firme ni sepultarlo en sagrado. Le ofreció buscar bicarbonato de sodio y otras sales para contrarrestar los malestares estomacales, y le ordenó esperar bajo el muelle.

De viva voz conminó a Larreta:

- ¡Si uno de estos hombres sube al muelle, usted le pega un tiro!

Al costado del muelle los tres italianos discutían con desesperación. El que hacía de comandante intentaba calmarse y calmar las cosas a bordo del bote. Uno de ellos, el que sentado a la proa sostenía un remo entre las piernas, se echó a llorar.

Del barco venía un rumor de ayes a ratos atenuado, a ratos, creciente, como de gran agitación; como un eco de motín en ciernes.

Hombres con el torso desnudo se echaban en cubierta a la sombra de la cabina de mando, algunos salían para vomitar a babor o a estribor. El rumor de ayes hacía olas dentro del barco.

El capitán Mora regresó al muelle llevándose desde el pueblo un par de recipientes ambarinos que evidentemente eran tarros de farmacia.

El marinero que hacía ratos había llorado mientras lo esperaban, cedió a las náuseas y con ruidosas arcadas vomitó un par de veces.

Mora dijo al comandante italiano que en Aruba hallaría mejores condiciones para la atención sanitaria si quería salvar a la tripulación. También le recomendó buscar en aquella isla a un negro llamado Celso por si aquellas dolencias repentinas tuvieran un origen sobrenatural.

Mediante una canasta atada a una soga hizo llegar al italiano los frascos de farmacia y le recomendó verter uno en el agua de la tripulación. Le dijo que los malestares antes de ceder definitivamente se agudizarían un poco pero que convenía tener paciencia para una segunda dosis.

Al día siguiente un estrépito de motores se oyó antes de que la aurora intentase colorear el día. Un largo bocinazo anunció la pesada pero decidida marcha del barco. La negra estela de humo hacía parecer que tras los rojizos celajes recién estrenados, seguía reinando la noche en el espacio sideral.

Cuando terminó de aclararse el día ya no se divisaba el barco y solamente quedaba en el cielo apenas una parte de la negra herida.

El capitán Mora terminó de ajustarse los arreos y salió con firmes zancadas hacia el muelle. Había tal grado de calma que parecía necesario abrir el aire dando brazadas para poder caminar. Un cierto olor de combustible quedaba en el ambiente y la mancha negra del cielo era apenas distinguible. Mora sonreía. Parecía poseído por un gozo oculto.

Larreta fue el primero en acercarse al muelle donde solitario el capitán Mora miraba al norte absorto en su regocijo. La cara de satisfacción de Mora desconcertó a Larreta por un instante pero rápidamente concluyó que no debía tratarse sino de la dicha de verse librados de la armada italiana, así, como por arte de magia.

La sonrisa de Mora dio paso a una discreta carcajada que cortó abruptamente al percatarse de la presencia de Larreta.

Giró sobre sus talones con evidente gesto marcial y dijo:

- ¡Hemos salvado la patria, Larreta! ¡Hemos salvado la patria!

Larreta, que había extendido la mano, se sorprendió al verse repentinamente abrazado por el capitán Mora. El capitán inició el camino de regreso al poblado y mandó llamar al campanero para que tocara al vuelo, a fiesta; pero le explicaron que no se podía debido al daño del campanario. Mandó entonces gastar buena parte del polvorín haciendo sonar disparos al aire en señal de celebración.

Cerca del mediodía comenzaron a llegar los que habían huido a Santa Ana y el pueblo todo celebraba gozoso. Las jornadas de limpieza y recolección de escombros se realizaron al calor del ron, del vino contrabandeado y de los golpes de tambor. Hombres y mujeres danzaban, cantaban, bebían profusamente y agitaban de modo frenético sus escobas y sus palas. Cuando atardecía, casi todo Puerto Real estaba limpio.

A la hora de la cena entró el capitán Mora en la casa de Joaquín Zabaleta y ordenó comida para celebrar. Le trajeron medio litro de aguardiente de agave, le pusieron una fuente con arepas calientes y una escudilla humeante con sopa de pescado. Mientras despachaba la sopa se preparó el plato fuerte: hígado de res apenas salteado en aceite por ambos lados, aderezado con sal y vinagre. Así lo comía el capitán, así le gustaba: que al trincharlo todavía sangrara y que tuviese por dentro ese aspecto crudo.

Cuando terminó de comer echó pie a la calle y se fue a dar una vuelta hasta el muelle. Todavía había en algunos rincones gente barriendo, bebiendo, tocando tambores, festejando. Se dirigió a su casa pasando por entre la gente como un fantasma, como un ser extraño y ajeno a toda aquella algazara; pero con un gesto de delectación inocultable.

Algo le satisfacía profundamente, en algo que solo él conocía, se complacía el capitán Mora.

A la puerta de su casa lo alcanzó musió Fournier, el farmacéutico, y le explicó que una vez organizado todo el inventario y recogido el desastre sólo echaba en falta un par de frascos. Fournier transpiraba copiosamente a causa del calor y de la propia agitación.

Mora trató de calmarlo diciéndole que nada grave sucedería, que a fin de cuentas no podría ser tan malo.

-Pero... es que lo que me falta es arsénico, capitán.

-No se preocupe tanto señor Fournier... A veces unos pierden algo para que todos ganemos...

CAPÍTULO V



Los primeros informes que recibí de “Los Reventaderos” fueron verdaderamente fatales.

Ni siquiera el gobernador del estado apoyaba un desarrollo turístico de aquella zona por cuanto lo consideraba inviable: que allí no había playa, que por allí era imposible el tránsito marítimo, que si las leyendas y supersticiones de la gente, y mil cosas más.

Por el lado de la jefatura municipal de urbanismos, desarrollo y ambiente recibí un informe más bien escueto, en extremo parco en cuanto a las descripciones, pero, eso sí, con un carrusel de muy buenas fotografías que fueron tomadas por la compañía estatal petrolera ya asentada al sur de allí hacía algún tiempo.

Recordé al ingeniero Suárez-Villalta y le pedí venir a Venezuela porque supe que en México se prestaban a desarrollar una segunda parte del proyecto Cancún.

Queríamos la asesoría inicial y sus aportes en cuanto a factibilidad, costos aproximados y otros asuntos como el tratamiento del lecho marino, la fabricación de los rompeolas y la disposición de los desechos una vez que estuviera operativo lo que sea que fuera que pudiéramos desarrollar allí.

Suárez-Villalta me pidió toda la información disponible y me anunció que para noviembre o diciembre estaría por aquí.

Por supuesto que yo también convenía en que un desarrollo turístico de tan alto nivel como el que proyectábamos no podía llamarse “Los Reventaderos” y que se nos imponía rebautizar aquel lugar con algo

más corto o tal vez menos alusivo a su carácter desastroso. De las primeras reuniones surgieron “Punta Real” y “Cabo Real” y aunque a mí particularmente me gustaba más el primero, terminamos adoptando el segundo.

Hubo muchas discusiones al principio por si debíamos o no enfrentar al oleaje para atenuarlo o si debíamos conservarlo para fomentar el surf y otras prácticas deportivas de ese tipo.

Hubo quienes sugirieron que fuéramos a Portugal y nos paseáramos por la playa de *Nazaré* en la temporada de mayor oleaje para que constatásemos la ocupación hotelera, la concurrencia de vecinos, el furor comercial que se desataba, y todo por el tamaño de las olas. No lo consideré necesario.

Una y otra vez revisaba las fotografías tomadas desde diversos ángulos, imaginaba mil posibilidades de construcción, pretendía escuchar el oleaje intenso, y en una imagen que mostraba los acantilados vistos desde el mar me detenía por largos ratos. Intentaba comprender su carácter imponente.

Otra foto que llamaba mi atención era una tomada desde la parte de arriba, desde la meseta de uno de los barrancos, y donde se veía el efecto de una gran ola que había azotado contra el acantilado levantando una especie de chorro. Una ola reventando contra el imponente costado de piedra de entre doce y quince metros de altura, una ola de aquellas que dieron nombre fatal a aquel punto.

Otras fotos que me hicieron llegar, habían sido temerariamente tomadas desde la orilla misma de la playa en un acto que no supe juzgar si de imprudencia o de gran valentía. Eran fotos que mostraban un tapiz de piedras coralinas, filosas, puntiagudas, que se extendían a lo largo de la orilla y se adentraban unos doscientos metros en el mar.

Con la resaca que dejaban las olas para formarse de nuevo, aquellas piedras parecían dientes de una gran boca abierta para engullir.

En varios rincones que habían surgido con el tiempo a lo largo de la base de aquellos acantilados por la acción del mar, se apilaban escombros diversos y basura de muchas clases: restos de barcos, toneles oxidados, cuerdas, redes, viejos remos, vasijas de distintos materiales.

La forma casi perfectamente parabólica de aquel sector de la costa impedía que las cosas volvieran al mar con la resaca. Allí se quedaban a recibir una y otra vez los golpes de agua. Allí las olas majaban a golpes hasta hacer añicos lo que sea que cayera en aquellos rincones. Nada ni nadie se salvaba en “Los Reventaderos” y por eso fue por mucho tiempo el despeñadero favorito de muchos suicidas.

En Puerto Real, o cuando íbamos de vacaciones a “El Reposo” eran muchos los cuentos que oíamos al respecto de eso, aunque admito que quizás fueran exageraciones de los mayores para disfrutar atemorizándonos.

Recuerdo que al nombre de aquel lugar yo siempre asocié el nombre y las atrocidades del coronel Mora, con todo y que no lo conocí porque vivió y murió muchos años antes de que naciera yo, cuando abuelo Evaristo era apenas un adolescente.

No recuerdo todos los detalles pero nos contaban que una vez existió un indigente y retrasado mental en Puerto Real que recibió una golpiza del coronel Mora y sobrevivió de puro milagro. Según decían algunos –entre ellos mi tío Juan Francisco- que cuando el loquito estuvo curado del todo, un buen día se desapareció para siempre.

Decían que Mora lo había tomado como a un fardo y lo había lanzado allá en “Los Reventaderos”

Contaban también que entre sus más notables muertos, Mora tenía en su haber a una suerte de brujo solitario que vivía muy cerca de allí de ese sector. Que supuestamente lo llevó a puntapiés por la meseta y finalmente lo levantó por encima de su cabeza para arrojarlo al mar.

Claro está que estas historias tenían sus huecos, porque si Mora se iba al sitio con sus víctimas y estas no regresaban con vida ¿quién daba cuentas de lo que había pasado allá?

Pero bueno, qué importa ya cómo hayan pasado las cosas en aquel tiempo. Aquí estaba yo encabezando un equipo enorme, multidisciplinario y multinacional para hacer algo y convertir a “Los Reventaderos” en “Cabo Real”

A mediados de noviembre llegó Suárez-Villalta y, si no recuerdo mal, hubimos de esperar hasta el veintisiete en Caracas. Ese día viajamos a Puerto Real por carretera para poder mostrarle parte de nuestra geografía al ingeniero mexicano

Atardecía cuando llegamos a Puerto Real. Los colores del crepúsculo, el espectáculo de los barquichuelos apenas meciéndose en la playa, el sonido del escaso oleaje; todo formaba un maravilloso conjunto que nos causó la mejor impresión. El mexicano no quiso seguir hasta la ciudad y nos quedamos en casa de mis abuelos.

Mi tía Ana Jacinta no se encontraba en el país por aquellos días.

Menos mal que como yo había anunciado mi viaje con suficiente anterioridad unas personas me esperaron con la casa abierta e impecablemente limpia.

Por la noche, llegó el alcalde de Puerto Real acompañado de una nutrida comitiva. Vino también el secretario regional de gobernación debido a que por aquellos días el gobernador cumplía compromisos fuera del estado. Un tiempo después supe que el gobernador simplemente no quería vernos porque desaprobaba el desarrollo de “Cabo Real” y consideraba aquello como un gasto superfluo además de exorbitante.

Suárez-Villalta y yo estuvimos varios días recorriendo la costa desde Puerto Real hasta más allá de Los Reventaderos descubriendo playas y posibles ensenadas. Desde Puerto Real hacia abajo bien

poco podía hacerse y decidimos no considerar posibilidades en aquel sector. Con frecuencia íbamos y veníamos de Santa Ana.

El último día de noviembre le invité desde temprano para ir de fiesta. Cerca de las ocho de la noche hicimos los escasos doce kilómetros que van de Puerto Real a Santa Ana guiados por un joven de apellido Garch a quien por recomendaciones contraté como chofer ocasional.

Eduardo, que es como se llamaba aquel muchacho, resultó ser nieto de un señor de Puerto Real llamado José Garch, a quien todos conocían como “Joseíto Garch” o “Joseíto el catalán” que había sido amigo cercano de mi abuelo Evaristo como supe de después.

Cenamos en el restaurante casero de dos hermanos portugueses que eran especialistas en pescados y mariscos al este de la ciudad. Ni bien nos sentamos, Juan, que así se llamaba uno de los hermanos portugueses se acercó muy afable para ofrecernos la carta. Unos tres o cinco platos, pero todos encomiados como especialidad de la casa.

A falta de vinos nos ofreció cerveza. Suárez-Villalta me dejó escoger la marca. Para Eduardo no pedimos cerveza puesto que habría sido imprudente.

A media comida se nos trajeron unos bocadillos de marisco que no habíamos pedido y luego unos pasapalos de escabeche; también nos hicieron probar algo de langosta y calamares, todo primorosamente presentado. Nos achispamos un poco por la cerveza pero ya al final de la comida nos ofrecieron licor de agave.

Juan el portugués le equiparó aquella bebida al tequila y Suárez-Villalta la degustó con particular fruición. Admitió sin embargo que habiendo probando muchas clases de tequila, el “cocuy” le parecía más fuerte.

Pedimos la cuenta para levantarnos y en eso vino Pedro, el otro hermano portugués, que traía una botella de “cocuy” selecto como cortesía para nosotros. Allí nos explicaron que habiendo recibido una llamada telefónica después de que arribamos, nuestro convite corría por cuenta de la gobernación del estado.

Eduardo y el mexicano, ahítos tras el abundante banquete no dejaban de alabar los platillos y de encarecer la generosidad del ejecutivo regional mientras comenzábamos a rodar por la ciudad. Por mi parte, sin llegar a preocuparme entendí el mensaje: se nos estaba vigilando hasta en lo más mínimo.

Claro está, habida cuenta de mi condición de viceministro no podían permitirse que me pasara algo desagradable, pero a mí esa idea de saberme vigilado aunque fuera “por mi bien” me incomodaba bastante.

Como era 30 de noviembre yo había pensado en mostrarle al mexicano algunas manifestaciones espontaneas de la cultura local. Le conté brevemente que en ciertos sectores de la ciudad la gente se reunía para “El repique de tambor” y así daban la bienvenida al mes de diciembre. La fiesta, una cosa más bien caótica, se daba en cualquier calle o callejón, y consistía en juntarse alrededor de los

tambores y sus ejecutantes para cantar, danzar y beber aguardiente en cantidades asombrosas hasta las tantas de la madrugada o hasta el día siguiente bien levantado el sol.

Tomamos rumbo oeste y nos fuimos hacia las periferias de Santa Ana. Ya en algunos barrios había pasacalles y banderines y comenzaban a salir los primeros tambores.

La mayor agitación habría de darse justo a la medianoche para anunciar el cambio de día y de mes. Los tamboreros se entregarían hasta el paroxismo en la ejecución de sus instrumentos poseídos por una suerte de trance provocado por la música, el alcohol y el aire lúbrico de la última noche de noviembre.

Anduvimos por “La Cruz” “Monteverde” “Mozambique” “Arubita” y algún otro sector del suroeste de Santa Ana.

Con las primeras horas de diciembre volvimos a Puerto Real y varias agrupaciones se habían reunido en la playa para repicar sus tambores. Suárez-Villalta me notificó que se iría con Eduardo a seguir la parranda. Yo preferí acostarme.

CAPÍTULO VI



- ¡Capitán Mora! - ¡Capitán Mora!

El joven empleado de la oficina de cablegramas tocaba a la puerta y llamaba insistentemente:

- ¡Capitán Mora! - ¡Capitán Mora!

Un escueto comunicado anunciaba la visita del ministro secretario de la presidencia de la república, el doctor Marte Bastidas, a cuyo acatamiento debía someterse Mora. La visita se realizaría al día siguiente y tendría como objeto, según rezaba el texto “constatar *in situ* los estragos de la fuerza invasora y la conducta seguida por los ciudadanos de cara a la defensa del suelo patrio” Se daba por intervenida la jefatura civil y se nombraba a Mora encargado *pro tempore*.

El doctor Marte Bastidas y su comitiva llegaron a Puerto Real en la hora estimada. Venía también el general Solano y el poeta Herrero Gil, viceministro de relaciones exteriores.

La visita fue muy rápida, Puerto Real no ofrecía más que cuatro calles largas y unas pocas transversales que desembocaban todas en la playa. Lo más dañado resultó ser el viejo fortín colonial y en su reconstrucción dijo el doctor Marte que no iba a comprometerse por ahora. Se reunió a solas con el capitán Mora tras el recorrido por la iglesia y la oficina de aduanas.

Luego, hizo pasar a Solano y a Herrero Gil. También entró un viejito de lentes con apariencia de roedor que sudaba copiosamente, vestido todo de blanco y tocado con un sombrero panameño. El

ministro secretario de la presidencia de la república hizo señas al viejito y este abrió un portafolio que se había puesto en el regazo al sentarse. Marte Bastidas habló de lealtad, servicio, patriotismo y muchas cosas más. A medida que hablaba iba haciendo que el viejo le entregara documentos que sacaba de aquel maletín. El general Solano no disimulaba su aburrimiento.

- ¡Capitán Mora, queda usted ascendido al grado de coronel, a partir de este momento! Se le nombra comandante militar y de policía de esta heroica plaza. *In pari tempo*, seguirá usted encargado de la jefatura civil, mientras la autoridad competente decide al respecto.

Debido a la falta de dineros se le autorizaba a la confiscación de los bienes que estimara necesarios para cumplir sus funciones y para darse una vida digna de su rango y responsabilidades. Se le autorizaba a conceder ascensos y a establecer en Puerto Real la oficialidad que considerase necesaria.

Tomados los juramentos y hechas las declaraciones de los visitantes en calidad de testigos, toda la documentación fue firmada y sellada. Una hora y media después de haber llegado, la comitiva emprendió el regreso a Los Valles del Aragua donde temporariamente seguía atrincherado el alto gobierno en previsión de alguna acción bélica.

Ni bien se fueron los visitantes un consternado musió Fournier entró al despacho de la jefatura civil. Venía sudoroso y temblaba de tal

manera que podía verse cómo aun sentado vibraba la tela de sus pantalones.

Puso sobre el escritorio una carpeta raída y humedecida de su propio sudor

- ¡Capitán Mora! Estoy que no sé qué pensar, no sé qué hacer ¡Mire este periódico que me ha llegado de Santa Ana! ¡Por Dios santísimo capitán!

Mora, que había estado sentado comenzó a desplegarse como si fuera una cosa gigantesca delante de un público atónito. Dio la vuelta al escritorio al mismo tiempo en que se levantaba el farmacéutico y puso sus enormes manazas en los hombros del aterrado hombre:

- ¡Cálmese amigo Fournier! ¡Cálmese! No le haga caso a los periódicos... ¿No leyó el año antepasado que se iba a acabar el mundo? ¡Y mire dónde estamos! ¡Tranquilícese!

Musiú Fournier no hablaba, apenas balbucía. Tras asentir muchas veces se despidió y el militar le dijo:

¡Ah! Una última cosa. En lo sucesivo, coronel Mora, si me hace favor...

Musiú Fournier sonrió para ocultar su desconcierto.

El ahora coronel Mora tomo la carpeta que había traído el farmacéutico y sin abrirla salió a la calle en busca de Larreta

- ¿Teniente yo? ¡Pero si nunca he sido militar!

- ¡Pues yo tengo autoridad para nombrarlo teniente y lo nombro teniente!

- ¡Pero usted me hubiera consultado! –dijo el hombre con voz suplicante-

- ¿Usted quiere ser mi enemigo señor Larreta?

- ¡De ninguna manera mi coronel! ¡De ninguna manera!

De nuevo en la calle, el coronel Mora con paso marcial se dirigió se dirigió a la casa parroquial para poner en autos al padre Albarrán.

En la residencia del cura había ya una representación de los pobladores de Puerto Real a la que a cada segundo se añadía un nuevo miembro. Con el saludo de Mora cesó la alharaca del patio.

- ¡El padre Albarrán ya viene! ¡Ya lo va a atender coronel Mora! –Dijo la señorita Emiliana desplegando una zalema innecesaria que hizo sonreír a Mora- ¡Es que se ocupa de un caso!

Unos instantes después salió el cura desde las habitaciones del fondo. Se mostraba muy contrariado y lucía la sotana abierta desde la altura del pecho hacia arriba a causa del calor del mediodía. Estrujaba el pañuelo y volvía a pasarlo por su rostro una y otra vez.

- ¡Usted me dirá coronel Mora! ¡Usted me dirá! – Dijo el cura antes de enjugarse de nuevo el rostro- ¡Ah! Por cierto... merecido el ascenso, merecido...

Apartándose hablaron en privado aunque no era necesario. Mora le informó al padre Albarrán que temporalmente ostentaba la jefatura civil, militar y policial de Puerto Real. Que en la casa de aduanas funcionarían las tres dependencias a la par de los trabajos de reconstrucción. Le informó también que ocuparía la vieja casa del bachiller Valderrama como domicilio propio y que el tribunal municipal sería trasladado a santa Ana conforme a lo establecido por el gobierno central.

Dejó claro también que apenas se encontrara en la población un mejor lugar de residencia dejaría la casa de los Valderrama para restablecer en ella la jefatura civil y la comandancia de policía porque en lo adelante la casa de aduanas sería cuartel militar. Cuando terminaron la entrevista y el coronel Mora volvió al patio, la casa parroquial hervía de gente. Los presentes lo aplaudieron como si se tratara de un héroe pero el coronel permaneció impávido y salió de la casa como si nada.

El padre Albarrán dirigió unas breves palabras a los presentes y los despidió sin dilación. Le dijo también a la señorita Emiliana que ya no la necesitaba más y que bien podía volver mañana por la mañana. Fue a su cuarto por el brandy y nuevamente puso rumbo hacia las habitaciones traseras, hacia los fogones.

En la cocina buscó un vaso pequeño, se sirvió una medida de brandy y la consumió de un trago. Sirvió una segunda vez la medida del vaso y la extendió:

- ¿Tú estás seguro de todo lo que me cuentas? ¿No es un periódico viejo?

- ¡No padre, por Dios santísimo que no es un periódico viejo!
¡Se lo juro por mi madre que es lo más sagrado que tengo!

- ¡No jures! ¡No hace falta!

- ¿Estoy en peligro padre Albarrán?

-No, no creo. Aunque fue una torpeza que acudieras a él primero.

Camino a la casa de aduanas el coronel Mora fue saludado con vivas y aplausos por parte de un grupo de borrachitos que solía reunirse siempre en la misma esquina de la plaza José Antonio Páez y que como empezaban bien temprano cada día el ritual de sus libaciones en hora cercana al mediodía ya estaban todos dominados por los zumos ingeridos.

Una vez en su oficina preparó unos documentos que había de presentar en Santa Ana al día siguiente.

Recibió las renunciás de un cabo y un sargento y se enteró de la desertión de los únicos cuatro policías que había hasta entonces en Puerto Real pero restó importancia a todo aquello. Jiménez y

Chirinos, dos hombres de La Sierra de San Luis, fueron ascendidos a cabo primero y cabo segundo respectivamente.

Ordenó a Chirinos:

-Vaya a la casa del teniente Juan Bautista Larreta y dígame que venga de urgencia

Chirinos salió a cumplir lo suyo y entonces pidió a Jiménez:

-Forme a todos los hombres para la cuenta, disponga todo el personal para una reunión conmigo dentro de veinte minutos, y me informa si alguno está franco de servicio.

Jiménez ripostó con acento militar y perfectamente cuadrado en gesto marcial:

-Por la cuenta es fácil mi coronel, ocho soldados activos sin más oficialidad que el cabo Chirinos y un servidor. Si es que vienen mañana, habrá dos mujeres que trabajan en la cocina...

Mora sonrió y sacudió suavemente la cabeza, decepcionado.

Las deserciones y renunciaciones mermaron el ya reducido cuerpo de tropa. Con la policía no contaba, y además, la comitiva de la capital le había dejado clara la imposibilidad de asistirlo financieramente por los momentos.

Se disponía a elevar solicitudes para solucionar aquellas contrariedades cuando cayó en cuenta de algo. Justo en aquel instante hizo su entrada el teniente Larreta.

Mora se acomodó hacia atrás en su silla y con las manos entrelazadas por detrás de la cabeza se echó a reír recordando las disposiciones del gobierno central: *se le autorizaba a la confiscación de los bienes que estimara necesarios para cumplir sus funciones y para darse una vida digna de su rango y responsabilidades.*

El coronel recobró la compostura y pasó a informar al flamante teniente de nuevo cuño una parte de los planes que comenzaba a formarse. Larreta escuchaba atentamente. Convino en que la idea de ocupar la casa del bachiller Valderrama era una decisión acertada por lo céntrica de su ubicación y lo bien fabricada que estaba.

Larreta le informó al coronel Mora que además, el difunto Valderrama había muerto sin descendientes conocidos y que poseía una pequeña finca en las montañas del sur a unos cuarenta minutos de Puerto Real y que a estas alturas estaría convertida en rastrojo improductivo.

Mora no conoció a Valderrama porque para la época no había surgido todavía el “Glorioso Movimiento de Refundación Nacional” que puso a Mora en ocasión de asentarse en Santa Ana y venir a Puerto Real.

-Teniente Larreta ¿Ese Fournier es un hombre en quién pueda confiarse?

- De su padre le diera yo las mejores referencias, pero de él no. Buena gente sí que es, pero muy cobarde...

-Naturales de Puerto Real ¿No?

-Para nada mi coronel. El viejito está enterrado aquí porque no pudieron trasladarlo a Curazao, pero ellos son de allá...

-Agentes holandeses, podría decirse...

-Sí, algo parecido...

Con las últimas instrucciones se retiró el teniente Larreta y el coronel Mora hizo llamar a Jiménez para hacerle saber de la posposición de la reunión que había convocado minutos antes. Ordenó que todos estaban licenciados por las siguientes cuarenta y ocho horas pero dejó claro que nadie podía salir de Puerto Real bajo pena de arresto y severo castigo.

Ya solo en su oficina colgó la hamaca. Se desnudó por completo tal cual era su costumbre para dormir y se dispuso a echar un vistazo al periódico que con tantos recelos le había entregado Fournier.

Leyó que la armada italiana investigaba el presunto envenenamiento de un grupo de sesenta y siete hombres entre tropa y tripulación hallados a la deriva frente a las costas de Aruba. Se desconocían detalles de las operaciones realizadas por el barco puesto que en la bitácora no aparecía más que el haber echado anclas frente a una

población costera y ejecutado el primero de tres bombardeos programados, lo cual no brindaba suficientes indicios de la ubicación alcanzada. Quedaba claro que el rumbo era Venezuela pero resultaba incomprensible que la nave hubiera sido avistada por las autoridades holandesas un día antes de lo que se tenía previsto para su regreso. Cuando la falta de respuestas causó preocupación se hizo el abordaje y se encontró el dantesco espectáculo de los cuerpos descompuestos. Holanda e Italia acordaron el hundimiento del acorazado en aguas internacionales.

Mora sonrió. Salió de la hamaca y apagó la lámpara de un soplo limpio. Volvió a la hamaca y constató al tanteo que a su derecha, en el piso, tenía el revolver...

CAPÍTULO VII



En febrero recibí el informe completo que me hizo llegar Suárez-Villalta y conocí por su medio a una firma de arquitectos y proyectistas a quienes encargaríamos los planos de la obra a ejecutar en el lecho marino porque el desarrollo en tierra firme era algo que correría por cuenta de empresas venezolanas en sus dos fases: proyección y ejecución.

Mis días con el mexicano entre Puerto Real y Santa Ana tal vez abarcaran una semana y estuvieron más dedicados al paseo y a la juerga que a otra cosa. Sin embargo, hicimos tres visitas a “Cabo Real” (según Suárez-Villalta desde entonces habíamos de olvidar el nombre de “Los Reventaderos”) y en una de esas visitas hicimos un sobrevuelo por cortesía del ejército nacional. Suárez-Villalta volvió a México.

Yo estimé que bien hechas las cosas en unos veinticuatro o veintiséis meses el conjunto de la obra estaría concluido en su totalidad, siendo por supuesto, las labores de la playa lo más complicado debido a que aquel punto no ofrecía acceso seguro por la costa desde Puerto Real.

Se requería crear una carretera costanera desde el lado oeste para el acarreo de hombres, máquinas y materiales.

Se presentó la oportunidad de asistir a un intercambio de experiencias en desarrollo costanero e intervención de los espacios marinos en Holanda. Mi hermana me pidió que llevara a papá para su casa por el tiempo que fuera necesario para que pudiéramos viajar

tranquilos. Gladys estuvo intentando hasta el último momento no acompañarme poniendo como excusa a nuestra hija y a papá alternativamente. Me mantuve firme y no tuvo más que acceder a mis deseos.

Entre mi hermana y ella acomodaron a papá en la que por un par de meses sería su habitación. Mi hermana, residenciada al este de Caracas tiene una casa muy bonita y acogedora. Ella estallaba de gozo al sentirse anfitriona de papá pero él se mostraba más bien displicente.

Gladys y mi hermana asumieron la cocina y para el almuerzo nos sirvieron una comida excepcional.

Mi tío Julio Manuel y Nina acudieron al almuerzo invitados por mi hermana. Mis tíos, papá y yo nos fuimos a una terraza en la parte posterior de la casa donde les serví un whisky. Cuando Gladys y mi hermana dieron por concluidas sus labores se unieron a nosotros. Al poco nos dividimos y formamos dos grupos: ellas y nosotros.

Yo me mantenía pensando desde antes del mediodía en que tenía que despedirme de papá y dejarlo ahí por al menos sesenta días. Si es que ya hasta me lo imaginaba gruñendo y quejándose el día en que de nuevo volviésemos por él.

Cerca de las tres de la tarde un primo mío a quien cariñosamente llamábamos “El Negro” vino por sus padres y al despedirnos todo fue bendiciones y buenos deseos por parte de mis tíos. En un momento aparté a Gladys y le susurré:

- ¡A las cuatro nos vamos!

- ¡No! -dijo ella- Nos vamos a las seis.

Poco antes de partir acompañé a papá para dejarlo en su habitación. Quiso ponerse el pijama de una vez y entonces lo ayudé con eso.

- ¡Voy a aprovechar que estarás lejos para morirme!

-Papá, por favor... no digas pendejadas.

- ¡Ahora soy pendejo!

-Yo no te he dicho pendejo, papá.

- ¡Claro que sí! Solo los pendejos dicen pendejadas... bueno, decimos.

Con papá las cosas se ponían a veces tan difíciles que era mejor dejarlas de lado y pasar a otro asunto para evitar una discusión que además de agria sería inútil. Afortunadamente, en ese momento entró Gladys.

- ¡Chao cariño! Nos vemos pronto –y lo besó en la frente-

-Chao no, adiós...

- ¡Ay no! Adiós dice uno cuando no vuelve...

- ¡Bueno! Es que yo me voy a morir mientras ustedes están por allá.

- ¿De verdad? Bueno, pero ese día te levantas temprano, te afeitas y te bañas para que te veas bonito después de muerto.

Todos reímos por la ocurrencia de Gladys y salimos de la casa de mi hermana unos minutos después de las seis de la tarde. Ya en nuestra casa me serví un whisky y encendí el televisor mirando sin ver e invadido por un cierto temor: papá es muy capaz de morirse mientras yo esté lejos.

Cuando partimos a Europa hicimos una escala de varias horas en México, lo que aprovechamos Suárez-Villalta y yo para hablar personalmente del desarrollo del proyecto “Cabo Real” y ponernos al día en un montón de cosas.

Afortunadamente él llevó a su mujer y a una de sus hijas quienes acapararon la atención de Gladys llevándola de aquí para allá e intercambiando mil cosas. Por supuesto, al despedirnos las tres lamentaron el tan poco tiempo que habían tenido para compartir. Suárez-Villalta me insinuó que tal vez fuera designado miembro de la junta interventora que se preparaba entonces para la Universidad Nacional Autónoma de México y que de ser así quería contar conmigo para los procesos de revisión curricular y en ocasión de algún curso de verano o diplomado en el área de la ingeniería civil.

Por supuesto que me manifesté a sus órdenes pero dejándole claro que de momento estaba yo muy metido en varias cosas al mismo tiempo.

Llegamos a Ámsterdam una semana antes de la instalación del evento y aprovechamos al máximo aquellas improvisadas mini vacaciones.

Doce días duró esta especie de congreso y me sorprendió gratamente el saber que muchos conocían de nuestro proyecto sin que yo hubiese compartido la información previamente. El undécimo día se preparó una sesión de última hora para incluir una breve presentación mía del proyecto Cabo Real.

Visitamos otras localidades holandesas y tuvimos ocasión de ir a Bélgica. En el ayuntamiento de Amberes hay un monumento a Francisco de Miranda que nos resultó impresionante y ante el cual fue inevitable sentirnos orgullosos.

Pero al volver al hotel encontré una notificación del gobierno venezolano firmada por el ministro Loaiza donde se me sugería volver al país para agilizar la transferencia de competencias a mi sucesor. Es decir, había sido removido de mi cargo tras casi cuatro años en el viceministerio.

Me sentí aliviado, gozoso más bien. Respondí en términos corteses y pedí que me concediesen apenas diez días más para volver pues me era necesario atender otros compromisos ya adquiridos en Holanda.

Volvimos una vez más a Bélgica para visitar a unos amigos que habíamos hecho en la anterior visita a Amberes. Fueron cinco días extraordinarios pero se nos imponía el deber de regresar. Al volver al hotel en Ámsterdam encontramos la solicitud de llamar a casa hecha por Ana Elina. Yo inmediatamente deduje lo que había pasado y preferí que Gladys se encargara de ello. Entré a tomar una

ducha y aproveché para llorar un poco bajo el agua. Cuando salí, ella confirmó mi presentimiento: hacía dos días que habían sepultado a papá.

No tenía sentido que faltando tan poco adelantáramos el regreso y así pasamos tranquilamente los días que nos restaban. Al llegar a Caracas consideramos pertinente reunirnos con mi hermana lo más pronto posible y eso hicimos la misma tarde.

Aunque era jueves cuando llegamos, dejé para el lunes siguiente mi comparecencia ante el ministerio.

Loaiza me recibió muy amablemente y pasamos al meollo del asunto de manera directa: la dirección nacional del partido pedía mi sustitución inmediata debido al escaso compromiso que había demostrado yo de cara a la campaña electoral de aquel año. Según Loaiza, él argumentó que yo no era militante de ningún partido sino que ocupaba el viceministerio debido a mis competencias académicas, adujo en mi favor que de todas las direcciones regionales no llegaron sino reportes positivos de mi gestión y puso como ejemplo lo que ya habíamos desarrollado en oriente y los proyectos que llevaba yo en occidente, particularmente Cabo Real. Pero la directiva no cedió y aquel punto de “*no ser militante*” privó sobre cualquier otra razón.

Sólo allí con Loaiza vine a caer en cuenta de que ese año habría elecciones generales, y, hasta ahora sostengo que de haberlo sabido antes mi actitud habría sido exactamente la misma.

Cuando abandoné el despacho del ministro Loaiza me di de tope con un gran número de empleados y trabajadores que me esperaban para despedirme con aplausos y efusivas muestras de afecto. Recibí algunos presentes y tuve tiempo para una pequeña arenga al personal reunido, instándoles a cumplir con su trabajo y a permanecer fieles a la visión de país que se planteaba desde el ministerio.

En las gradas de la salida me alcanzó la licenciada María Laura Benítez y me entregó en un sobre el cheque de mi liquidación. Según me explicó, el presidente de la república me hacía bonificar con un veinticinco por ciento más de cuanto me correspondía para reconocerme mi abnegación. Le di las gracias, traté de mostrarme afable y volví a casa de mi hermana donde Gladys me esperaba con Ana Elina.

-El mensaje es claro, cariño... tú date al cien por ciento que sólo se te reconocerá el veinticinco.

- ¿Ves? Por eso no quería entrar en detalles...

Nos reímos un poco, como restando importancia a mi despido y rápidamente pasamos a considerar mis opciones laborales. Por supuesto que la Universidad Central volvería a ser mi espacio preferido habida cuenta de que yo me encontraba con licencia no remunerada debido a las actividades en el ministerio y retomar las aulas no sería cosa difícil.

Pero de momento resolvimos dejarlo todo y concentrarnos en otros aspectos de nuestra vida familiar. Ana Elina se graduaba de bachiller

aquel año y quería vacacionar de nuevo en Brasil antes de estudiar en la universidad lo que fuera que terminara de atraerle, porque unos días se decidía por la ingeniería y otros se decantaba por el derecho. La psicología y la medicina, la comunicación social y la antropología también fueron sus opciones por aquellos días.

Gladys asomó que tal vez nos fuéramos los tres a México por algunas semanas para vacacionar y ver opciones académicas, y yo al punto entendí que eso sería lo que haríamos finalmente.

Pero bueno, era cuestión de ir pensando porque todavía nos faltaba un poco para que llegara el mes de octubre.

CAPÍTULO VIII



El doctor Weffer, procedente de Paraguaná y de claro ancestro arubeño, llegó a Puerto Real en calidad de juez provisorio el último día de julio de aquel año en que comenzaron a organizarse los tribunales. Viudo y padre de dos muchachas hermosas, dejó claro desde el principio que fijaría residencia en Santa Ana puesto que debía mirar por la educación de sus hijas y las Agustinas Recoletas del Sagrado Corazón de Jesús eran la mejor opción.

-En poco, María Inmaculada estará en edad casamentera padre Albarrán –dijo Weffer mientras volvía la taza de café a la mesa de centro - y no voy yo a casar a una de mis hijas con cualquier pelado de esos de por aquí... ¡Faltaría más!

- ¡Habla usted como un padre responsable, señor juez! – repuso el cura- Será muy difícil hallar un marido a la altura de tan distinguidas damiselas por estos contornos.

-Voy a necesitar de sus influencias querido padre. Comprenderá que no puedo emplear a cualquier mujer para meterla en mi casa al cuidado de las niñas...

- ¡Pierda cuidado señor juez! ¡Pierda cuidado! Ya me pondré yo a ello hoy mismo...

Weffer salió de la casa parroquial sabedor de que todas las miradas lo perseguían. Atravesó la plaza Páez y pasó frente a lo de Rivas saludando a todos con aire cortés. La vieja casa de Los Garcés le fue cedida como residencia temporal y como sede del tribunal municipal de primera instancia. Por sugerencia del padre Albarrán,

la señorita Emiliana fue designada provisionalmente secretaria del juzgado.

-Y ¿cuándo será la reinstalación del tribunal? –preguntó Rivas-

- Asumo yo que será cuando terminen de componer la casa de Los Garcés y en cuanto el juez estatal regrese de la capital –ripostó Rogelio-

-A mí ese juez estatal no me gusta mucho, para mí que también es masón –intervino el padre Albarrán.

- ¡En Santa Ana todos los hombres importantes son masones señor cura! -replicó Rivas

- ¡Dios nos libre! -dijo el padre

Rogelio, que advertía el derrotero de la conversación, para zanjar el asunto comentó:

-Por cierto que se ve muy decente ese abogado Weffer, muy bien educado...

- ¿Eduardo? ¿Decente? ¡Maricón es que parece! –sentenció Rivas-

- ¡Rivas! ¡Por favor! ¿No puedes hablar de nadie sin sospechar algo? ¡En el nombre de Dios! -exclamó el padre Albarrán-

Un par de mujeres que entraron a la tienda de Rivas hicieron que los contertulios se callaran. Aprovechando el súbito fin de la conversación el padre Albarrán salió con rumbo a su casa.

Habiendo conseguido en Santa Ana los dineros de que te tenía necesidad urgente, el coronel Mora hizo comenzar los trabajos de recuperación de La Casa de Aduanas y de la otrora Casa Valderrama que a partir de entonces sería su residencia particular. En compañía de Juan Bautista Larreta constató el deterioro de la que una vez fuera la finca del bachiller Valderrama y mediante decreto ordenó la expropiación y ocupación inmediata, dándose a sí mismo *“un plazo no mayor de ciento ochenta días para adecentar el predio, recuperar el inmueble, emprender mejoras e iniciar el cultivo de tierras o la cría de ganados”* allí mismo decidió que aquello habría de llamarse en lo adelante “La Mora”

- ¡Teniente Larreta!

- ¡A sus órdenes, coronel!

- ¿Usted ha oído alguna referencia del tal Weffer ese que viene como juez?

- ¡Nada! ¡Nada de nada mi coronel! Se sabe que viene de Paraguaná y que dejó las dos hijas allá con la abuela materna mientras se las trae. Dicen que no quiere vivir en Puerto Real sino en Santa Ana.

- ¡Se me hace muy raro! Juez de toda la península y termina en Puerto Real... ¡No sé!

- ¡Habrá que averiguar!

-Eso es trabajo suyo, Larreta...

Ya en Puerto Real, Larreta y el coronel Mora pasaron por el despacho. El italiano encargado de las obras había terminado de hacer las primeras remociones y había completado los cálculos. El coronel le dijo que habían de tratarse en conjunto las labores de recuperación de La Aduana, La Casa Valderrama y la finca. El italiano le hizo ver que lo presupuestado no bastaría sino para acometer una sola de las recuperaciones y a lo sumo para iniciar otra pero dejándola inconclusa. El pago de mano de obra resultaría una carga onerosa.

-Ya pensaré yo en algo, maestro. Por lo pronto, vaya a su casa y vuelva el lunes temprano. Yo los viernes no hago negocios con hombres –sentenció el coronel Mora-

Después de acicalarse un poco fue a tomar su acostumbrada cena de hígado salteado en casa de Joaquín Zabaleta y tomó el rumbo de la playa hacia “El Faro” para refocilarse con alguna muchacha en el negocio de Madame Faucon.

-No hay mujer para usted coronel, lo siento...

-Señora, no le conviene ponerse en malos términos con la autoridad.

-Tiene razón coronel, lo mismo me dice el gobernador cuantas veces viene. Y usted sabe que viene seguido...

- ¿Para qué se meten a putas si no pueden aguantar a un hombre de verdad?

-Mis muchachas vienen al negocio para ganarse la vida, no buscando la muerte...

-Señora, tenga cuidado...

-No, coronel Mora, tenga cuidado usted, y no vuelva por mi negocio...

Enfebrecido por el deseo frustrado y a punto de estallar en un arrebato de cólera, Mora se dirigió a grandes zancadas de nuevo a Puerto Real. Justo donde el camino se desvía hacia “Los Reventaderos” el resoplar de una bestia lo sacó de su ensimismamiento y giró con rumbo al miserable rancho del brujo Olegario.

- ¡Buenas noches mija! ¿Está tu papá?

-Buenas noches coronel, no. Papaíto anda desde esta mañana para Santa Ana...

En casa parroquial la señorita Emiliana comentaba que si no hubiera sido por una mujer indigente a la que llaman “La Surupa” no hubieran conseguido a esa muchacha.

- ¡Claaaaaaaaro! Si es que La Surupa cuando pasa por ahí les pide café o comida y ellos le dan cualquier cosita.

Entonces en lo que entró consiguió a la muchacha toda desvanecida y con sangramiento ¡María Purísima!

- ¡Menos mal entonces que esa loca vino a pedir ayuda! –
agradeció Rivas-

-Habría que poner la denuncia –dijo la señorita Emiliana-

- ¿Con el coronel Mora? ¡No señorita, deje eso así! –
respondió Rivas en trance de salir-

- ¡Y Weffer en Paraguaná quién sabe hasta cuándo!

El nuevo encargado de la oficina postal llegó a interrumpir la conversación y así todos se enteraron de que para octubre se reinstalaría el tribunal en presencia del gobernador, el juez estatal y un representante de la magistratura nacional de justicia. El cable lo había enviado desde la oficina principal de Paraguaná el propio Weffer quien permanecería en la península por lo menos hasta el 10 de septiembre.

Un cable aparte de Weffer recibió la señorita Emiliana para pedir cuentas de los avances de la casa y de las dependencias del juzgado, el despacho remataba: “*Conmigo joven ahijado aprendiz. Disponer habitación. Manutención corre por mí*”

- ¡Como que va a terminar teniendo razón el gocho Rivas! –
dijo el padre Albarrán.

Un joven acólito llegó a la puerta del despacho y haciendo señas solicitó permiso. El cura accedió y el muchacho se limitó a decir que alguien lo buscaba y que era urgente. Dejando a la señorita Emiliana en el despacho se fue a la sacristía del templo:

- ¡Doctor Almeida, caramba! ¿Qué lo trae por aquí?

-A la hija de Olegario la pasamos a Santa Ana referida para el hospital. Esa muchacha va mal. Ha perdido mucha sangre desde anoche. Yo no creo que se salve

-Pero ¿Qué le dijo? ¿La forzaron?

Los hombres que habían caído en la redada de la noche anterior se asoleaban contra su voluntad en el patio de la casa de aduanas. De otras épocas, el piso del patio tenía firmemente incrustadas unas respetables argollas de hierro forjado; allí se aseguraban mercaderías o bestias de carga, hombres o animales, según fuera el caso. Ahora, se había encadenado a los hombres a aquellas argollas del suelo.

Cerca de las nueve llegó el teniente Larreta para pasar revista y administrar justicia en ausencia del juez Weffer y en representación del coronel Mora. Instalado en el despacho, uno a uno fueron pasando los detenidos:

- ¡Pero de quién es la mercancía, carajo!

-Caramba, mi teniente, yo no tengo cómo saber eso. Yo nomás iba pasando cuando me agarraron...

- ¡Jiménez! Páseme a este hombre para el calabozo...

- ¡Por vía de Dios mi teniente! Conduélase mío...

- ¡La multa son diez mil pesos, la incautación del contrabando, y se larga hoy mismo!

- ¡Ah mundo! Máteme de una vez... ¿de dónde voy a sacar yo diez mil pesos?

-Sepa que puede acogerse al decreto temporal de gracia del coronel Mora: se le incauta la mitad del contrabando y se presenta usted el lunes ante el maestro de obras, el señor Pellegrini, y trabajará sin salario por seis días continuos en las obras de utilidad pública.

- ¡Bueno, será eso!

Y a cada hombre que pasó al despacho ya por contrabandista, ya por pendenciero, ya por ebriedad o indecencia, le cargaron seis días de trabajo sin salario. El sábado, Mora repartió entre las tropas lo incautado y los soldados salieron licenciados y contentos a sus casas.

Plinio Reyes que en la plaza de la aduana miraba a los soldados cargando sus talegas dijo con rabia:

- ¡Nadie sabe pa' quién trabaja!

CAPÍTULO IX



Gladys se me acercó una noche en que yo estaba en la terraza contemplando al Popocatepetl en la lejanía a causa de una cierta actividad que había comenzado en la tarde del día anterior. Hemos vivido tantas cosas y llevamos tanto tiempo juntos que yo diría que nos adivinamos el uno al otro.

Afortunadamente Gladys nunca se va por las ramas:

-Ana Elina dice que no quiere estudiar aquí sino en Caracas, que quiere estudiar en La Central...

-Bueno, siendo las cosas así, no tiene mucho sentido que sigamos aquí... ¡Tenemos apenas el tiempo justo para que llegue y se inscriba!

No había venido a decirme sólo eso, faltaba algo, yo lo sabía. Gladys se levantó para entrar a la casa:

-Por cierto, esta tarde murió tu tío Julio...

Asimilé la noticia tanto como me fue posible en aquel momento y entré a la casa por un whisky o dos, o tres, quizás cuatro.

Unos cinco días después regresamos a Venezuela y ese mismo fin de semana fuimos a ver a Nina para darle el pésame.

La encontramos tan afligida como era de esperarse y contrariada por mil cosas que debía hacer en lo adelante y que nunca había tenido que enfrentar.

De sus hijos, solo El Negro se mostraba más consecuente con ella pues era el último en haberse independizado del hogar paterno. Mis primos concordaban en que Nina podía liquidar las propiedades si ese fuera su deseo porque nadie se interpondría. Claro que en realidad todos ocultaban el miedo que tenían a terminar haciéndose cargo de su madre pues cada uno tenía ya *“su vida hecha y sus propios asuntos”* tal cual le reveló la esposa de uno de ellos a mi hermana.

Gladys se metió a la cocina y el almuerzo resultó en un banquete de antología que todos disfrutamos. Ana Elina y yo nos quedamos fregando los trastes mientras Gladys y mi hermana se sentaban con Nina en el pequeño patio. Mi hermana atendió el teléfono y ni bien supe quién llamaba me alegré muchísimo: mi tía Ana Jacinta.

En el día convenido bajamos hasta el aeropuerto para recibir a mi tía, y aunque habíamos concordado en ir todos, finalmente mi hermana no pudo acompañarnos porque se había ido desde la tarde anterior a la casa de Nina.

Todo fue abrazos e intercambio de efusivas muestras de cariño cuando al fin llegó mi tía. Con ella venía su hijo Felipe del que yo apenas tenía recuerdos y quien para mi mujer y mi hija resultaba un verdadero extraño.

El proceso de chequeo y retiro de los equipajes se volvió un tanto engorroso por un error involuntario de los operadores aeroportuarios

y entonces tuvimos que esperar más de cuanto habíamos estimado. A Felipe se le notaba mucho la incomodidad de la espera en nuestra compañía. Menos mal que unos amigos suyos llegaron a buscarlo y ahí supimos que se hospedaría con ellos por los días que estuviera en Caracas.

Cuando todo estuvo resuelto salimos con rumbo a la capital en vehículos separados. Por supuesto, tía se vino con nosotros.

El encuentro con Nina fue particularmente conmovedor, las dos mujeres se abrazaban y lloraban, se consolaban una a la otra alternativamente, y luego, de nuevo los abrazos y los lloros. Mi hermana preguntaba preocupada sobre las causas de nuestro retraso y tuvimos que echarle el cuento lo mejor que pudimos.

Cuando preguntó por mi primo, mi tía Ana Jacinta respondió velozmente:

- ¡Ese es un comemierra! ¡Que se quede donde le dé la perra gana!

Por supuesto, ni qué decir que ninguno de los presentes añadió comentario alguno.

Los años habían hecho mella en mi tía Ana Jacinta y de su aspecto de mujer fuerte no quedaban sino la voz atronadora y los gestos firmes. No esperaba encontrarla tan notablemente delgada y, pensé que siguiendo un uso muy común en las mujeres, a estas alturas llevaría el cabello teñido. Pero no, mi tía conservaba su cabello natural y a mi juicio las canas la envejecían más.

La comida transcurrió toda ella sazonada de anécdotas y recuerdos, de evocaciones y reproches graciosos. Mi tía Ana Jacinta preguntó si alguno había tenido noticias de mi tío Juan Francisco y como la respuesta fue negativa, ahí quedó el asunto

Al cumplirse el primer mes de la muerte de mi tío Julio nos reunimos para la misa en sufragio suyo. Menos mal que era sábado aquel día y aprovechamos para ir temprano al cementerio acompañando a Nina y a la vuelta nos fuimos a desayunar a un paradero de esos que hay por el camino.

Mi tía Ana ya estaba “amañada” en tan pocos días como si nunca se hubiera ido del país. A una observación de mi hija mi tía le respondió que ella era venezolana y de Puerto Real en cualquier parte del mundo, que no había vivido en Madrid sino como extranjera, como venezolana.

-En España nos llaman *sudacas* y nos tienen a menos. La mayoría de los madrileños son gente muy altiva y se creen que aquí todavía cambiamos oro por espejitos. Con decirles que una vez me preguntaron si aquí teníamos supermercados y esas cosas... ¡Habrás visto mayor pendejada!

Cuando salimos de la misa conseguimos a mi primo El Negro fuera del templo y allí nos presentó con su mujer y con una niña hija suya que apenas vio a Nina corrió a su regazo. Se excusó por no llegar a tiempo alegando lo concurrido del tráfico. Los invité a almorzar en nuestra casa, pero se excusó diciendo que llevarían a Nina de paseo

hacia los altos mirandinos para aprovechar también de ver otros asuntos pendientes con la granja de mi tío Julio.

Durante la comida mi tía Ana Jacinta nos dijo que estaba escasamente a unas semanas de irse a Puerto Real y que allí se instalaría, porque aunque aún se sentía con fuerzas suficientes, no se engañaba pensando en que viviría muchos años.

Dijo que ya no volvería a España.

-Yo no vine para morirme aquí, por supuesto, pero tampoco soy tan ilusa. Soy una vieja, ya de la vida no me queda esperar sino la muerte...

Y dijo aquello con la mayor naturalidad del mundo, como si hablase de otra cosa

- ¡Coño! ¿Y aquí no hay quien brinde una cervecita?

Por supuesto que todos reímos y yo me fui a buscarle una cerveza

- ¿Quién más quiere?

Demás esté decir que aquella pregunta sobraba y terminé llevando cerveza para todos. Menos mal que a continuación nos fuimos turnando para ir por la cerveza porque ninguno queríamos perdernos la compañía de mi tía.

A lo largo del día nos impuso de las razones por las cuales pretendía restablecer su residencia en Puerto Real. También nos dijo que intentaría convencer a Nina para que se fuera con ella si no a

establecerse por lo menos a pasarse largas temporadas en la que una vez fuera casa de los abuelos.

Mi tía por supuesto seguía en contacto vía telefónica con mucha gente de Santa Ana y de Puerto Real y por eso la casa se mantenía en pie y en buen estado.

Lo primero que quería hacer era ponerse al día con los pagos en cuanto a servicios públicos y en cuanto a las personas que le ayudaban con la casa en sus recurrentes ausencias. Me habló de acometer algunas reformas y adecuaciones y me adelantó algo sobre el disgusto de sus hijos al respecto de cuanto tenía ya decidido. Yo le recomendé a Eduardo Garch para el servicio y las relaciones y ella me agradeció mucho el gesto no sin reprocharme:

- ¡Pero bueno! ¿Tú qué te has creído? ¿Se te olvida que yo soy de allá? - entonces se rio antes de pasar a declararme:

- ¡Ese debe ser hijo o nieto de Joseíto el catalán!

Conversamos al respecto y le conté lo de mi paso por Puerto Real y por Santa Ana con el colega mexicano cuando recién se iniciaban los estudios de factibilidad para el desarrollo de Cabo Real y los buenos servicios que recibimos de ese muchacho a quien juzgaba yo persona discreta y de confianza.

Ella, correspondiéndome tal vez, me contó de la profunda amistad que unía al viejo Garch con mi abuelo Evaristo desde los mismísimos días de su infancia hasta la muerte de mi abuelo.

Ella suponía que poco debía faltarle a Joseíto para convertirse en un hombre centenario y atribuyó esa longevidad a una cuestión de familia: ciento dos o ciento tres años había vivido el papa de “el catalán” muriendo además en total dominio de sus facultades mentales.

- ¡Son gente muy arrecha! Ese material ya no sale...

Al igual que muchas otras familias de aquella zona, los Garch se habían dedicado por décadas al contrabando de mercaderías con Aruba y Curazao. Del papá de José y su grupo de marinos se contaban muchas cosas increíbles y se celebraban como hazañas las ocasiones en la que poniendo en riesgo la propia vida lograron burlar a la autoridad y evitar la captura.

-Yo no estaba ni cerca de nacer —evocaba mi tía- pero mi papá contaba que ese viejo, el papá de Joseíto, se atrevió a desembarcar por “Los Reventaderos” para que no lo agarraran los del gobierno... Esos tenían que tener gente en el mar y gente en tierra. Eso sí, gente de mucha confianza porque ese negocio del contrabando es delicado, peligroso... ¡No había guardia nacional en aquella época!

Cerca de las seis de la tarde nos llamó Nina para avisarnos que ya estaba en su casa y entonces resolvimos devolver a mi tía Ana.

Un par de semanas después tomábamos el café en casa de Nina cuando mi primo Felipe vino a visitar a mi tía y pasaron a

conferenciar en una pequeña sala de estar. Al poco, nos enteramos sin querer del asunto que trataban porque las voces subieron de tono.

Unos minutos después, salió Felipe y mirándome fijo se dirigió a mí en un tono casi de reproche:

- ¡Menudo lío, macho! Que mi madre insiste en quedarse aquí e irse a vivir a Puerto Real ¿Has visto mayor tontería?

-No veo ningún lío en eso, esa es mi casa y está sola... –dijo mi tía que venía detrás de él-

Felipe estaba iracundo, casi tartamudeaba...

- ¡Estás vieja! ¿Qué no lo entiendes?

- ¡Lo entiendo perfectamente! Por eso no vuelvo a Europa, donde los viejos se mueren en asilos y en hogares que no son hogares. Si por vieja me voy a morir, me muero en mi casa y cuando a mí me dé la gana...

Felipe ahora sí aprovechó para reprocharnos a todos el hecho de que no insistiéramos en hacerle ver a mi tía que no debía quedarse. Pero ninguno de nosotros intervino.

A la puerta, Felipe sentenció a mi tía:

- ¡Que sepas que en lo adelante será muy difícil que cuentes conmigo!

Mi tía se limitó a espetarle:

- ¡La leche que me dan tus vacas se la pueden mamar tus becerros!

Prudentemente, mientras todo esto sucedía, Gladys y mi hija se habían ido a la cocina a poner café para brindarnos una merienda. El olor de la infusión invadía ya toda la casa cuando mi tía cerró la puerta. Ella se fue derecha al baño de huéspedes y de allá volvió al poco con la cara recién lavada.

Nos encontró en la terraza tomando café, pero no tomó el suyo que estaba sobre la mesa. Gladys, intuitiva y acertada como siempre, le preguntó:

- ¿Tú no quieres más bien una cervecita?

CAPÍTULO X



Un nuevo despacho cablegráfico puso en conocimiento al coronel Mora de que se le había relevado de las funciones de jefe civil de Puerto Real. Se lo ratificaba como jefe militar y policial y se le concedía además la facultad suficiente para agenciar la oficina de aduanas y operarla en nombre del gobierno. El abogado Ramón Ovidio Contreras sería el nuevo jefe civil de Puerto Real y a él debía cederle la oficina y presentarle informes de inventario apenas arribase a la localidad con la disposición para hacerse del encargo recibido.

Mora respiró un tanto aliviado y entendió que debía apresurar sus procedimientos para completar cuanto antes las restauraciones de su casa y al mismo tiempo de aquella posesión que ya era su hacienda. Expidió órdenes de arresto y gravó con multas a mucha gente por las más mínimas tonterías a fin de canjear, en un supuesto acto de benevolencia, aquellos castigos por mano de obra gratuita en favor suyo.

Hasta los borrachines consuetudinarios e inofensivos de la plaza Páez vinieron a trabajar sancionados “*por alteraciones del orden ciudadano y por atentar contra la moral pública y las buenas costumbres*”.

Para cuando el doctor Contreras llegó a Puerto Real asumiendo la jefatura civil las obras que beneficiaban al coronel Mora o habían terminado o necesitaban de un par de días más a lo sumo.

El doctor Contreras llegó acompañado del secretario regional de gobernación a la hora prevista y en el día señalado. Se dirigió inmediatamente a la casa de aduanas y allí encontró al flamante coronel Mora a la puerta. Contreras se admiró de la pulcritud del despacho, de la buena disposición de los espacios que notoriamente habían sido recientemente remozados; se dolió de la falta de libros para los asientos correspondientes, hizo un breve recorrido por todas las instalaciones y comprometió al secretario regional de gobernación para suplir todo cuanto hiciera falta en el más breve plazo.

Contreras le dijo al coronel que venía con la orden de recorrer inmediatamente la totalidad de su jurisdicción para establecer contacto con la mayor cantidad posible de moradores, imponerse de los sucesos a los que debía atender, designar jefes de caserío donde hubiera menester y tomar discretamente informes sobre el ánimo ciudadano con respecto al gobierno nacional.

Del puesto de socorro llamaron al padre Albarrán quien en ese momento se disponía para ir a la casa de aduanas y así conocer al nuevo jefe civil. Con cierto disgusto giró sobre sus talones y puso rumbo al centro sanitario.

- ¡Buenas tardes padre, pase adelante por favor!

- ¡Buenas tardes! Dios bendiga a los presentes... ¿Para qué se me ha hecho llamar? ¿Quién me necesita?

-Lea esto por favor –dijo el médico mientras extendía un trozo de papel-

Las impresiones del papel revelaban que pertenecía al servicio nacional de cables y telegramas, lo que junto con la seriedad de los circunstantes causó preocupación al presbítero que tomando el despacho leyó su contenido y lo devolvió al médico.

- ¿Y ahora? ¿Qué vamos a hacer?

-Por lo pronto, ocuparnos de traer el cuerpo. El pobre Olegario no tendrá con qué enterrarla.

-Pero ¿La muchacha habló? ¿Acusó a alguien por fin?

- ¡No padre! En el estado deplorable en que quedó esa criatura no sabemos más bien cómo sobrevivió.

- ¡Bueno! Ya tenemos un nuevo jefe civil... que él haga su parte que yo hago la mía.

-Padre, una cosita...

El doctor Almeida conferenció aparte con el cura y la cara del padre Albarrán palideció. Tras los pocos segundos que duró la reunión entre los dos, el padre salió sin despedirse pasando por entre los reunidos como una tromba.

En la casa de José Martínez fueron apertrechados un par de mulos y el padre Albarrán salió en compañía de José por el rumbo de “Los

Reventaderos” tomando el camino que queda a la izquierda de la casa del brujo Olegario, hacia la costa.

Cuando Martínez comprendió dónde iban se inquietó un poco y miró al padre:

-Tú tranquilo que no es lo que piensas...

Frente al burdel, dos muchachas de aspecto triste lavaban ropas en bateas de madera. Por todo cuanto ya había puesto a secar al sol, se comprendía que la jornada había comenzado temprano. Una de ellas se metió a la casa mientras los caballeros terminaban de llegar y justo cuando ambos desmontaban, Madame Faucon ya se hallaba a la puerta del negocio con los brazos en jarra:

- ¡Me van a perdonar, pero todavía no hemos abierto! Está muy temprano...

- ¡Si fuera por mí nunca más se abría este lupanar!

-Usted me dirá entonces a qué vino, señor cura...

-Es necesario que tratemos un asunto particularmente grave...

Madame Faucon hizo pasar al padre Albarrán por un pasillo ubicado entre las instalaciones del bar y las piezas de las muchachas hacia una terraza muy bien edificada a orillas del barranco que daba al mar. Ordenó a un sirviente que les hiciera café y los dejara solos. La mujer tenía un paquete de cigarrillos sobre la mesa y ni bien llegó la bandeja con el café, tomó un cigarrillo.

El padre Albarrán, ya sin sombrero, apoyó los codos sobre la mesa y sostuvo por un instante la cabeza entre ambas manos; resopló, y luego dijo.

-Regáleme uno, por favor...

Tras exhalar la bocanada inicial pareció recomponerse sobre la silla. Afuera, las muchachas y el sirviente, un tipo al que llamaban “Pepe La Perra” conversaban amablemente con José Martínez y aprovechaban el momento para tomar café. Una de ellas fue hasta el cuarto y trajo consigo unas galletitas para completar la merienda.

- ¡Pepe! ¡Perra! –vociferó Madame Faucon

Cuando este llegó a la presencia de la doña y del cura, ella le ordenó:

-Dile a Marisela que venga acá...

Al poco, una morena descalza y apenas vestida, de cabello rizado; de ojos verdes y carnes firmes llegó a donde la llamaban. No pudo ocultar su sorpresa al ver al hombre de sotana y estuvo tentada de retroceder. Conminada por la doña, se hizo un lugar a la mesa.

Muy cerca de las seis de la tarde José Martínez y el padre Albarrán regresaron a Puerto Real envueltos en un silencio incómodo.

Ya en su casa, el cura preguntó por la señorita Emiliana y le dijeron que tras el catecismo se había marchado.

En medio del patio se despojó de la sotana con ayuda de Matías, un muchacho que tenía a su servicio y la hizo colgar en un perchero del pasillo.

-Por ahí vino el coronel Mora, padre. Que pa' que usted conociera al nuevo jefe civil. Se lo vino a traer...

-Matías, tráeme el brandy... y te vas a lo de Rivas y me traes un paquetito de cigarros. Anda, que ya casi es hora de cerrar...

Al volver, el muchacho consiguió al padre sentado en una de las sillas del corredor. Con la botella a un lado y el vaso en la mano.

- ¡No! No vayas a prender las luces Matías. Toma, vete a tu casa y llévate mis llaves. Echa candado por fuera... y nos vemos mañana.

En el puesto de socorro el doctor Almeida finiquitaba los asuntos de la jornada y esperaba que de acuerdo a lo convenido con el gobierno en Santa Ana, de un momento a otro llegase el cuerpo de la hija de Olegario para un breve velatorio por lo que quedaba de noche a fin de enterrarla en las primeras horas del día siguiente.

El sonido inconfundible de unas botas que daban fuertes pasos por el pasillo le hizo elevar la mirada del escritorio; discretamente tomó una carpeta con formularios y abrió el segundo de los cajones a su

derecha para guardarla. Tal como lo había pensado, allí estaba su revólver.

- ¡Buenas noches doctor Almeida!

- ¡Buenas noches, coronel Mora!

- ¿Todo bien por aquí?

- ¡Sí, claro! Sin ninguna novedad...

En una improvisada reunión de ciudadanos que se dio a las puertas del cementerio, el doctor Contreras trataba de explicar los procedimientos que habían de seguirse en un caso como este. Habló de la posibilidad de actuar por denuncia y por oficio; dejó claro que un tribunal debía dirigir las investigaciones y que los elementos policiales del estado eran quienes debían realizar las averiguaciones. Por supuesto, que si hubiera testigos, tenían que ser interrogados.

- ¿Y si uno sospecha de alguien? –preguntó el doctor Almeida-

- Si uno no está seguro, mejor no habla... -respondió el coronel Mora-

Tan denso se había puesto el ambiente que el aire podía palparse, consistente, suave y pesado. Daba la impresión de que había que ir abriendo cortinajes para poder avanzar

- ¡Sí! Bueno, eso es otra cosa. Una sospecha no es fundamento para una acusación –dijo Contreras-

-Pero una sospecha puede ser una pista, un punto de partida... –razonó el médico-

-Si uno no está seguro, mejor no habla... -volvió a sentenciar el coronel-

La salida del padre Albarrán puso fin al improvisado debate. Al cura le acompañaban además del afligido Olegario varias mujeres del pueblo. El padre sudaba copiosamente bajo el cargamento de ropajes litúrgicos que llevaba encima y a consecuencia de la caminata hasta el cementerio.

-Está muy calmado el día. A lo mejor llueve esta noche...

- A lo mejor llueve...

- ¿Viste esos zamuros? Hay uno, dos, tres...

- ¡No los mires! ¡No los señales! Esos son los zamuros de Olegario...

Pasado el mediodía, vino el primer rumor de trueno. Cerca de las tres de la tarde hubo otro rumor de trueno hacia el sur y comenzaron los nubarrones a formarse presagiando aguacero. Rodó por el cielo un tercer trueno casi apagado:

- ¡Trueno lejos, lluvia cerca! –dijo Madame Faucon mirando hacia las montañas-

CAPÍTULO XI



Cuando llegamos a Puerto Real ya Eduardo estaba en la casa esperándome, o más bien, esperándonos. Gladys no quiso acompañarnos y Ana Elina no pudo en razón de sus clases que ya habían comenzado. Nina no viajó con nosotros porque según ella esperaría una semana más para unírseos. A diferencia de lo acontecido en mi viaje anterior, no hubo comitivas ni recepción oficial para mí. Por supuesto, ya no era yo un viceministro.

En cambio, hasta la noche de ese día y desde temprano al día siguiente, vino mucha gente para saludar y congratularse con el regreso de mi tía Ana Jacinta.

Tía aprovechó los días que pasó en Caracas para comprar mil detallitos a precio de mayorista que iba obsequiando según quién la visitara. Sin que esa fuera su intención, fue recibiendo en las visitas y en los días inmediatamente posteriores muchos regalos: tejidos, pescado, artesanías, plantas, frutas, raciones de queso de contrabando, invitaciones y “saludes” con promesas de visitas que le hacían llegar desde casi todo el municipio y aún más allá.

Hubo en los primeros días de nuestro arribo un desfile sin precedentes de ahijados y de comadres y compadres.

Aunque yo tenía algunos informes sobre el desarrollo de Cabo Real sentí curiosidad por ver la ejecución de las obras y constatar qué tanto se ajustaba o se distanciaba del que había sido nuestro proyecto original. Por los días que había de pasarme en casa de mi tía

contratamos a Eduardo como chofer y como ayudante. Mi idea, era dejarlo al servicio de tía Ana con un salario digno.

También, pensaba yo en cómo poner a una mujer al servicio de la casa como asistente de mi tía. Ya vendría la ocasión para hablar de ello porque sabía que tamaña decisión no me correspondía y antes bien podría incomodarla y nunca se sabía a dónde podría llevarla un disgusto.

Para evitar malos entendidos le dije a mi tía que Eduardo sería nuestro chofer y mi asistente por los días en que yo me quedara y por las veces en que yo viniera si es que tenía ocasión de volver. Ella lo aceptó tranquilamente. La verdad es que el nieto de Joseíto Garch le caía bien.

Con lo que sí se dejó ayudar mi tía de buen grado y sin chistar fue con los trabajos de limpieza, reparaciones menores y pintura que la casa necesitaba.

El siguiente martes a la hora convenida llegó Eduardo para ir a Cabo Real. Mi tía Ana Jacinta no quiso ir por quedarse preparando la comida y atendiendo la casa. Cubrimos la ruta en un dos por tres y muy gentilmente los ingenieros a cargo me permitieron acceder a la obra. Uno de ellos, con claro acento zuliano, se ofreció para hacer de guía.

Me asombró ver el estado de avance que habían alcanzado los rompeolas artificiales y claramente el paisaje ya había cambiado formándose una gran bahía. Como parte de los trabajos en el lecho

marino ya estaba bastante adelantado el proceso de recolección de las piedras coralinas que tapizaban la playa.

Logramos bajar hasta la orilla de lo que habría de ser balneario en un futuro cada vez más cercano y contemplé por primera vez en todo su esplendor aquellos desfiladeros y acantilados tallados por años y años del golpear de las olas.

- ¡Yo estoy aquí desde el primer día! Yo soy de los primeros que bajamos por aquí cuando empezó esto –dijo el ingeniero que hacía de guía y que luego supe que se apellidaba Bohórquez-

A lance seguido comenzó a contarnos de la multiplicidad de objetos y cosas curiosas que habían conseguido a lo largo de aquella playa y en las concavidades que se habían ido formando en las paredes de aquellos acantilados

-Lo más impresionante para algunos fueron los restos humanos, para mí no, yo no le tengo miedo a los huesos; pero estos coños de por aquí son muy supersticiosos, creen en muchas mariqueras... -siguió Bohórquez-

Por supuesto que para nosotros, los que teníamos una relación previa con aquellos lugares, la noticia de restos humanos no implicaba una novedad sino más bien la confirmación de que aquellos desfiladeros estaban relacionados con muchos suicidios y accidentes, con muchos homicidios y desapariciones.

-Usted sabe que aquí hubo una corriente muy fuerte que todo lo traía hasta esta especie de cajón natural y todo se estrellaba contra estas paredes –explicaba Bohórquez- por eso no es raro que hubiera tanta madera de botes y tantos restos de mil vainas...

Quise objetar algunas apreciaciones a lo largo del recorrido, pero dejé al ingeniero que hiciera lo suyo para que satisficiera sus pretensiones de conocedor indiscutible.

Una vez que subimos nuevamente, fuimos conducidos a una caseta levantada en el campamento base de las operaciones donde se exhibía la maqueta del proyecto total. Como era de esperarse, ni Suárez-Villalta ni yo aparecíamos mencionados por ninguna parte.

Tras un intercambio breve de impresiones y después de compartir un café abandonamos el lugar con la promesa de reencontrarnos y seguir compartiendo.

En el corto recorrido que hay hasta Puerto Real conversé de muchas cosas triviales con Eduardo y aproveché para enterarme del estado de salud de su abuelo. Me comentó que “el catalán” era ya de poco salir pero que eventualmente se hacía llevar a la Plaza de La Victoria donde permanecía algún tiempo a la sombra de algún árbol y dispuesto a conversar con quien se acercara. Supe que tenía ciento un años cumplidos y una memoria dotada de pasmosa lucidez.

Eduardo me comentó además que él se había puesto a vivir con una muchacha con la que ya tenían una niña de dos años y que por

supuesto lo tenía un tanto cuesta arriba para proveer al hogar. Haciendo yo mis propias cuentas me pareció que era una ocasión irrepetible para poder contratar una asistente para mi tía; pero primero tendría que convencerla de que debía dejarse ayudar.

Almorzamos con mi tía Ana y le dije a Eduardo que a primera hora de la tarde viniera para ir hasta Santa Ana pues me urgía restablecer algunas relaciones y tenía que realizar también un par de diligencias en alguna oficina pública. Quería igualmente aprovechar para hacer algunas visitas a viejas amistades de mi ciudad natal y adelantar alguna gestión con miras a comprar un apartamento o tal vez una casa pequeña, y todo esto, a instancias de Gladys.

Al final de la tarde, ni bien nos enrumbamos a Puerto Real, llevé la conversación hacia la necesidad que yo tenía de alguien que ayudara a mi tía Ana Jacinta a llevar los asuntos de la casa en vista de su edad y de los achaques propios de la vejez. Le referí a Eduardo de la mejor manera posible –y sin entrar en detalles minuciosos- que los hijos de mi tía no podrían ayudarla por el momento y que, por supuesto, yo no podría establecerme en Puerto Real o en Santa Ana a corto plazo.

Aunque ciertamente no tenía yo unas obligaciones específicas, me sobresalté un poco aquella mañana al constatar que había despertado poco después de las ocho. Me apresuré a salir de la cama e ir al baño para aprovechar el día lo mejor que pudiera. Tras la ducha, salí al corredor y escuché las voces de una conversación que venían de la cocina, por lo que deduje que mi tía habría recibido alguna visita.

Por supuesto, yo debía ir por mi primera taza de café y hasta allá me dirigí.

La amena tertulia era entre mi tía y una mujer joven que tenía en su regazo a una niña preciosa. Sobre la mesa había un par de tazas vacías y algo cuidadosamente envuelto y atado que supuse era un regalo para mi tía. Tras los saludos iniciales me serví el café y puesto a la mesa me uní a la reunión.

- ¿Tú no sabes quién es ella? ¡Ella es la mujer de Eduardo!
¡Y es hija de mi comadre María Expedita! Una comadre que tengo yo por allá por Los Carrizos...

Me sorprendió gratamente el hecho de que aquella muchacha fuera de cierto modo conocida para mi tía y que además estuviera con ella de tan buenas migas.

Yo estoy acostumbrado a atenderme y a procurarme cuantos servicios me hagan falta porque tal nos educaron en casa, pero mi tía insistió en servirme el desayuno y no quise oponerme a su voluntad ni cortar su empeño de autonomía para que no se sintiese ofendida. Celia, que es como se llamaba la muchacha, quiso levantarse de la mesa, pero mi tía le dijo que no se molestara. La niña, Guadalupe, superado el estado inicial de timidez que el extraño ambiente le producía, reclamó libertad y le fue concedida. Tía alternaba con Celia y conmigo mientras me servía el desayuno. Cuando despaché mi plato, Celia lo tomó sin darnos tiempo a nada y lo llevó al fregadero donde dio cuenta de él y de otras cosas que estaban allí.

Excusándome con ambas salí rumbo a mi cuarto para prepararme pues aquel día quería recorrer Puerto Real de punta a punta y con detenimiento porque antes no había tenido tiempo de hacerlo. Quería ir a pie, y quería además, ir solo.

Pensaba en que tal vez con un poco de suerte pudiera subir hasta Los Carrizos para ir a la iglesita de la Virgen de Guadalupe y bajar a la casa a la hora del almuerzo. Desde que comenzaron las obras de Cabo Real había surgido una pequeña flota de transporte colectivo de carros “por puesto” que yo podría aprovechar.

Regresé cuando el sol del mediodía arrancaba ahogadas canciones de protesta a las cigarras y hacía restallar latigazos de lumbre sobre las calles.

Hacía mucho rato que tía Ana había almorzado y estaba a punto de echarse la siesta pero igual se mostró dispuesta para servirme y me acompañó mientras comía. Una vez que hube lavado mis platos y cubiertos nos retiramos cada uno a su cuarto.

Por ponerme más cómodo me quité la camisa, los zapatos y las medias. Di la vuelta a la cama y encendí el aparato de aire acondicionado, que aunque era viejo resultaba muy eficiente. Apenas logré acomodarme cuando de súbito se produjo un apagón. Comenzaba ya a sentir calor y entonces me levanté para abrir la ventana y la puerta. El rumor de las olas y la brisa me llevaron al sueño.

Cuando desperté pasaban ya de las cuatro de la tarde y había dormido más de lo que era habitual en mí. Tomé una ducha y me dirigí a la cocina por una taza de café.

Escuché unas voces y supe que tía conversaba al frente. Cuando me dispuse a salir, saludé y fui presentado a los presentes; gente muy amable. Me excusé y salí de casa con rumbo a la plaza Páez buscando hacia el monumento a la victoria y diría que casi me guiaba el recuerdo de mi abuelo Evaristo y la última vez que nos vimos, porque fue precisamente haciendo aquel recorrido.

Los árboles no eran los mismos y algunas casas de la calle ya no estaban. En su lugar había ahora construcciones modernas y de mal gusto.

Algún idiota bien intencionado o algún ignorante con pretensiones de sabio, había hecho “pintar” el obelisco del monumento a la resistencia con un asqueroso esmalte de tercera categoría cubriendo aun las inscripciones en bajo relieve. Me detuve un tanto contrariado a contemplar el exabrupto hasta que una voz me sacó de aquel rapto:

- ¡Asqueroso! ¡Una vaina horrible! Tan infame como el mismo monumento ese que nunca debió existir...

Recién bajaba de un carro y era puesto en su silla de ruedas quien habría de presentármeme como José Emilio Garch, mejor conocido como “el catalán”

CAPÍTULO XII



Rivas fue por una botella de aguardiente andino que guardaba en la trastienda, hurgó bajo el mostrador y sacó dos vasos pequeños de una onza o tal vez menos y los colmó de aquel “miche callejono” que a su juicio superaba con mucho al “cocuy” en calidad de sabor y en propiedades beneficiosas.

-Usted qué cree mi padrecito ¿hablamos con el jefe civil? Igual es paisano de uno y yo lo veo como buena gente...

- ¡No lo conocemos Rivas! ¡No sabemos quién es ni de qué lado se pondrá! Que sea gocho no importa... ¿No es gocho también el coronel Mora?

Rivas y el padre Albarrán conversaban en la tienda aprovechando que aquel domingo a la una de la tarde Puerto Real estaba solitario y con aspecto de pueblo fantasma. La furia canicular mantenía a todos en su casa. El astro rey se pavoneaba afuera como una bestia rabiosa que infundiera terror a los moradores obligándolos a permanecer encerrados.

- ¿Usted si se ha fijado en que musió Fournier no se ha visto más desde hace días?

-Es otra cosa que estaba por comentarle amigo Rivas. Pero nadie me ha dado razón exacta de la última vez que lo vieron.

- ¿No se habrá ido a Santa Ana?

- También es posible... Pero ¿por tantos días?

-El andaba como asustadizo últimamente. Un día entró aquí el coronel Mora y el pobre musíú parecía una hoja temblando. Y yo no digo que no hiciera calor, pero se puso a sudar como una tapa de olla...

-Si mañana en la tarde no hay razón de él. Yo mismo hago la denuncia.

Rebuscando entre los bolsillos por fin dio el padre Albarrán con el pañuelo para secarse la cara. Rivas sirvió los vasos una vez más y apuraron de un trago el cristalino aguardiente de caña. El cura tomó su teja y salió a la puerta para mirar a uno y otro lado.

Al fondo de la asoleada calle lucía incandescente el blanco templo parroquial. A esa hora de la tarde Puerto Real estaba solitario, con aspecto de pueblo fantasma, y el padre Albarrán se fue a su casa pensando en musíú Fournier.

Caballero en una mula tan alta como fuerte, el coronel Mora cobraba un aspecto todavía más imponente. Salió de su posesión con rumbo a Puerto Real y tomó el camino de Los Reventaderos para llegar al pueblo por el lado este. El grueso aleteo de un zamuro que pasó muy cerca le hizo esbozar una sonrisa. Un segundo carroñero posado en árbol seco y retorcido alzó el vuelo cuando avistó al coronel.

El hombre en la bestia tomó el camino de la derecha y oyó a lo lejos rumores apagados de canciones románticas mezcladas con risas alegres y dedujo que había movimiento allá en lo de madame Faucon.

Sin desmontarse llegó a la entrada de la casucha, Olegario remendaba una vieja red de pesca. Tres zamuros, posados uno al lado del otro se alineaban en la cerca.

- ¿Usted cómo sigue Olegario?

-Aquí voy coronel, muriéndome de a poquito todos los días...

- ¿Qué ha pensado de lo que le dije?

-Lo mismo, que no... eso no lo voy a hacer. Total, que ese cura nunca se ha metido conmigo.

-Siga pensando entonces, le doy ocho días más...

-No coronel, no lo voy a hacer. Lo de los italianos fue distinto porque ellos empezaron y nosotros no les habíamos hecho nada. Pero con el cura no me voy a meter.

Mora no quiso insistir y fijó su mirada en la fuerza con la que Olegario apretaba el artilugio de madera con el que repasaba la red.

-Usted sabe Olegario que está necesitando de los servicios de la justicia. Usted me necesita de su lado por las averiguaciones...

-Yo sabré más tarde o más temprano quién me hizo este daño coronel. Yo le voy a echar los zamuritos a ese desgraciado sin importar quién sea... ¡Aquí me lo va a traer el ánima sola! ¡Y aquí veré yo qué hago con él!

Mora dejó a Olegario continuar con sus labores y espoleó la mula para llegar a Puerto Real por el rumbo este. El grueso aleteo de un zamuro que pasó muy cerca le hizo fruncir el ceño.

- ¿Rivas de dónde? ¿De Seboruco?

-Pues eso sí quizás tenga yo parientes por allá... pero nosotros somos más bien de Michelena. Si hasta mi nonito Severino nació en el propio Michelena –respondió Rivas-

-Nosotros en cambio somos de los Contreras de Rubio-dijo el jefe civil-

- ¡Hala! Igualitico somos del Táchira –dijo Rivas-

-El coronel Mora si es del propio San Cristóbal según me dijo...

- ¿Y usted a dónde trabajaba antes de venir a Puerto Real?

- ¡Ah! Eso es lo de menos... yo he trabajado en tantas partes desde que me gradué de abogado que ya ni me acuerdo. Ahorita vengo del llano, de los lados de Calabozo.

La tertulia entre paisanos fue interrumpida por la señorita Emiliana que anunció al jefe civil la llegada del padre Albarrán. El cura estrechó las manos de los hombres que se habían puesto de pie apenas entró al despacho y procedió a sentarse ante una amable

indicación del jefe civil. Rivas hizo ademán de retirarse pero el padre Albarrán lo contuvo:

- ¡No, no! Quédese amigo Rivas porque este asunto nos atañe a todos. Verá usted doctor Contreras –dijo mirando al jefe civil- el caso es que tenemos en el pueblo a un hombre misteriosamente desaparecido que a mi juicio pudo haber sido víctima de un crimen...

Atento, el abogado Contreras inquirió sobre el nombre y las señas particulares del hombre en cuestión: sobre la última vez que fue visto y sobre algún otro detalle que pudiera ayudar en la investigación. Tomó apuntes o hizo como que los tomaba.

- ¡Está bien mi padrecito! –dijo al tiempo en que poniéndose de pie extendía la mano- ¡Con esto tenemos suficiente para iniciar las averiguaciones! Ya me ocuparé de instruir convenientemente a la fuerza policial.

- ¿Al coronel Mora quiere decir usted? –preguntó el cura

Pero el doctor Contreras salió del despacho, displicente, sin dar respuesta.

La llegada del juez Weffer acompañado de sus familiares supuso una novedad para Puerto Real y fueron recibidos con toda la pompa que aquellas pobres gentes podían ofrecer y que no consistía en otra cosa más que en vestirse con la ropa del domingo y en fabricar unos cuantos arcos de palma adornados con flores silvestres que no resistían mucho más allá de media hora sin amustarse tristemente.

Instalado en su casa y despachados los caleteros y cargadores, el flamante nuevo juez improvisó unas palabras de agradecimiento a título propio y en nombre de su familia para corresponder al homenaje que recibía y que encabezaban las fuerzas vivas de Puerto Real: el cura, el jefe civil y la maestra Elisa Chirinos. El coronel Mora no estuvo presente porque se hallaba ocupado en “La Mora” donde ahora se criaban vacas y aves de corral.

No hubo quien no comentara sobre la belleza y modosidad de las hijas del juez. El cura envió razones a unos compadres suyos que vivían en La Caridad, muy cerca de El Chorro; y al día siguiente Sefora Reyes se vino a Puerto Real para establecerse al servicio del doctor Weffer y sus dos hijas: María Inmaculada y María Josefa.

- ¿Son bonitas, verdad?

- ¡Bonitas? ¡Preciosas es que son! ¡Las dos!

-A mí, la mayor me parece más bonita...

-Se parece a un cromito de La Virgen...

- ¡Chacho! Tampoco así. A María santísima no se le puede parecer, ni cerca.

Aunque tenía dispuesto establecer a sus hijas en Santa Ana, el juez Weffer las había traído con él a Puerto Real mientras finiquitaba lo de la casa y la escolaridad en la capital del estado. Por supuesto que también tenía la opción de ponerlas en el internado de la Agustinas

Recoletas del Sagrado Corazón de Jesús, pero él pensaba en una casa propia.

-Pero ¿supiste que no quiso de secretaria a la señorita Emiliana?

-No fue que no quiso, es que él ya traía su secretario con todo y nombramiento.

- ¿Será ese flaquito de lentes que andaba ahí? ¿Uno que parece un gato mojado?

-Ese mismo, que dizque es un ahijado de él...

Tres días después, un fraile agustino que hacía de administrador diocesano en ausencia del obispo, el secretario de gobernación, el general López Urdaneta, el juez Coronado Smith y otros dignatarios del gobierno y del poder judicial acompañaron al representante del Tribunal Superior de La Nación en la reapertura e instalación del tribunal municipal en Puerto Real. En un acto con poca asistencia del pueblo llano, representando a Puerto Real estaban las fuerzas vivas en pleno con el doctor Contreras a la cabeza, seguido del coronel Mora.

Al término de los actos protocolares los presentes pasaron al salón principal de la casa de aduanas para el brindis y el banquete oficial.

María Inmaculada Weffer descollaba por su natural belleza entre todos los que estaban ahí reunidos, pero nadie se había fijado tanto en ella como el coronel Mora. En un par de ocasiones, la muchacha

cruzó con él la mirada y rápidamente miró a otra parte. Mora se dejó llevar por sus instintos y adoptó el modo de acecho, el gesto del cazador. María Inmaculada, intuitiva, se llegó al lado de su padre.

El juez Weffer ordenó discretamente a sus hijas regresar a casa en compañía de Segismundo Medina, el secretario, y de Sefora Reyes.

El doctor Contreras que conversaba animadamente con el secretario de gobernación y con el magistrado venido de Caracas, había hecho venir con ellos al coronel Mora para presentarlo y encomiarlo. A Mora se lo notaba inquieto, incómodo, y ni bien pudo se zafó de aquella conversación para recorrer el salón, primero con la vista y luego paseándose entre la gente. Miró hacia el juez Weffer, y este, con gesto altivo, le sostuvo la mirada en actitud retadora.

Los de la comitiva fueron poniéndose de pie en clara señal de que se marcharían. A la puerta del salón, el jefe civil y el párroco, se aprestaban a dar el saludo de despedida con el acostumbrado apretón de manos y la oferta de generosa hospitalidad que esperaban no fuera aceptada por ninguno.

Aunque el juez Weffer no se iría con los visitantes también aprovechó para salir.

A la puerta de la casa de aduanas, el coronel Mora y el teniente Larreta repetían el gesto de despedida con los que salían. Mora estrechó la mano de Weffer:

-Sepa, señor juez, que yo he decidido casarme con su hija...

CAPÍTULO XIII



Un martes cualquiera me llamó Gladys para decirme que por fin Nina se había resuelto a viajar para establecerse en Puerto Real al menos por un tiempo. Que en un par de días arreglaría algunos detalles y que aprovecharían el fin de semana para venir. Que ella y Ana Elina vendrían con Nina, y, yo me alegré muchísimo.

Ese día determiné que aprovecharía el viaje de mi mujer y mi hija para regresar con ellas a Caracas.

Alrededor de las cinco de la tarde salí con dirección al monumento de la victoria donde un par de días antes había quedado en verme con el catalán. Me dio vergüenza darme cuenta desde unos metros atrás que Joseíto Garch había llegado y me esperaba. Miré mi reloj y eran apenas las cinco con siete minutos.

-Buenas tardes, señor José... ¡Caramba! Usted se me adelantó...

-Yo no me adelanté ingeniero. Simplemente llegué a la hora ¡Ya no puedo dejar nada para más tarde! ¿No ve que ya tengo cien años? Los viejos no tenemos tiempo que perder... ¡Para mí todos los días son de ñapa!

Y así, de pronto y de nada, como si de toda la vida hubiéramos sido amigos, Joseíto Garch y yo comenzamos a hablar de distintas cosas que tenían que ver con la historia de Puerto Real, con la política, la historia nacional, con mi familia y qué se yo con cuántas cosas más.

La lucidez de aquel viejo ya centenario era una cosa que me tenía asombrado. La llaneza con la que enfrentaba cualquier argumento

era algo gracioso. Su misma voz era ya casi caricaturesca y en perfecta armonía con su figura encorvada y reducida. Hasta hoy lamento no haber hecho alguna suerte de producción audiovisual.

A los pocos minutos de haber iniciado nuestro encuentro me pidió que por favor lo ayudara a salir de la silla de ruedas para sentarse en un banco de la plaza. Me sorprendió que siendo tan menudo fuera tan pesado, pero igual logré acomodarlo sin mayor dificultad.

- ¡Muchas gracias ingeniero! De verdad muchas gracias... yo hacía tiempo que no salía de la casa para conversar con alguien. ¿Sabe que es lo jodido de vivir tanto tiempo así como yo? ¡Que uno se va quedando sin amigos!

Por supuesto que una de las primeras cosas que yo quería saber sobre Puerto Real tenía que ver con el bloqueo naval de principios de siglo y que había llevado posteriormente a la construcción de la plazoleta donde nos encontrábamos ahora.

- ¡Diecisiete años después! ¡Diecisiete años! ¡Sí, señor! Eso esperó el gobierno para construir esta plaza en memoria de la heroica resistencia del pueblo porteño ante el ultraje de las fuerzas invasoras –esto lo decía con aires de clara ironía y asumiendo una postura de orador clásico- Pero ¿cuál heroica resistencia? ¿de dónde sacaron eso? ¡Por Dios Santísimo! Lo que pasa es que la historia la escriben los gobiernos, ingeniero, eso es lo que pasa... ¡De vaina no le hicieron una

estatua al coronel Mora! ¡El mayor hijo de puta que han parido los andes venezolanos!

La mención del coronel Mora me causó un cierto escalofrío al recordar los cuentos y advertencias de mi niñez sobre el oscuro personaje. Admito que desde mi adolescencia pensaba por momentos en que el coronel nunca había existido y era producto de las leyendas típicas de nuestros pueblos.

- ¡Lo que han debido es propiciar una investigación para dar con la razón por la cual toda la tripulación de un barco murió en altamar después de haber tenido tratos con Mora! Pero en este pueblo de cabrones y alcahuetes nadie quiso decir nada... ¡Nadie quiso hablar de musió Fournier! ¡Nadie nunca quiso preguntar por el brujo Olegario! ¿Y el finado Turulo? ¡No, ese menos que menos le dolió a nadie! ¡Menos mal que a Mora se lo llevó sataná a la vista de todo el mundo!

Joseíto Garch echaba mano de sus dotes histriónicas y a ratos parecía exagerar los gestos y expresiones para contar sus historias.

De a poco, en sus breves interrupciones, yo aprovechaba para preguntar. Él sopesaba un poco mis preguntas y con renovados bríos volvía por sus fueros:

- ¡Ahí! –dijo señalando a la esquina frente a la plaza donde la hilera de casas se cortaba bruscamente- ¡Justo ahí vivía el coronel Mora! ¡En la esquina de Las Marías!

El leve escalofrío que había sentido al principio reapareció y esta vez más marcado. Se me erizó la piel por completo y recordé a mi abuelo Evaristo sentado en estos bancos mirando hacia allá.

-El año en que llegaron los italianos yo no había nacido. Lo que supe después me lo contó mi papá. Y Evaristo tampoco había nacido... Nosotros estudiamos juntos en la escuelita unitaria que tenía la maestra Elisa Chirinos y fuimos juntos a catecismo con la señorita Emiliana. Yo no hice la comunión porque papá se cayó a coñazos con el cura unas semanas antes de la ceremonia por una discusión pendeja que se les fue de las manos... O bueno, que más bien se les fue a las manos.

Yo apenas si intervenía brevemente y el catalán recapitulaba su relación de los hechos o rectificaba lo que yo proponía:

- ¡Pero claro que sí! También tenía su fundo por allá por los lados de El Reposo. Mi papá me contó que esa posesión no se llamaba La Mora porque eso no era de él originalmente. Hasta una casa había allí. Claro, como el dueño anterior se había muerto y nadie reclamó nada, aquello se fue volviendo un rastrojo, un barzal; y entonces vino Mora y alegando no sé qué cosa se cogió esas tierras para él, así, a lo arrechó... ¡Si hasta el ojo de agua fue extendiendo la cerca! Cuando menos acordaron las pobres gentes de alrededor, ya no tenían donde buscar agua a menos que le pagaran al coronel... ¿Y

ante quién lo iban a denunciar? ¿Quién lo iba a meter en cintura?

- ¡Un violador! ¡Un sádico! Eso es lo que era... Y a quien se le atravesara lo llevaba para Los Reventaderos y ese no aparecía más nunca. Eso sí lo sé yo de primera mano, ahí nadie me puede llevar la contraria porque eso sí lo vi yo.

—Figúrese usted ingeniero que había una vez una loquita, una mujer así como insensata que dormía por los montes y comía de lo que encontraba o de lo que le daban por ahí; una indigente a la que llamaban “La Surupa” y decían que él se la había llevado para Los Reventaderos y más nunca se supo de ella.

-Yo estaba oculto en el monte con papá esperando una carga que venía de Aruba. Papá llevaba unas lámparas de carburo para dar aviso a los marineros pero todavía las teníamos apagadas.

-Uno se iba de noche al monte cuando venían las cargas y uno andaba por ahí en calzoncillos o desnudo con los puros los zapatos esperando a los marinos que hacían alguna señal. Entonces uno prendía sus lámparas para guiarlos en la oscurana. Cuando quisimos acordar oímos los gritos: ¡Maldito sea coronel Mora! ¡Maldito sea por siempre! Entonces papá me haló contra su pecho y me tapó la boca.

Papá quería que yo no viera pero yo sí vi: Olegario se arrastraba como un animalito por el suelo y Mora lo pateaba.

-Olegario se puso de pie y el coronel le azotó la cara con la mano abierta y lo volvió a tumbar. Entonces lo agarró por los tobillos y lo hizo dar vueltas en el aire antes de lanzarlo por el barranco hacia la playa. Parecía un muchacho dándole vueltas a una honda...

- ¿Cómo se iba a saber más nunca nada de Olegario? ¡Aunque alguien quisiera nadie podía bajar a la playa en Los Reventaderos por aquel tiempo!

Eduardo y su mamá llegaron a la plaza. La señora reprochó suavemente a Joseíto que ya eran las seis de la tarde y que sería bueno que se retiraran. Eduardo y su mamá ayudaron al catalán para que volviera a la silla de ruedas.

Cuando nos despedimos me dijo:

- ¡Ya sabe ingeniero! Mañana en la tarde nos vemos aquí...

Ni bien llegué a casa me dirigí a la cocina donde mi tía Ana Jacinta ajustaba los detalles de la cena. Puesto a la mesa tomé un bocadillo de cualquier cosa y comencé a relatarle a mi tía el encuentro con Joseíto Garch punto por punto.

Por supuesto que también ella se asombraba al ir conociendo las tropelías del famoso coronel Mora, pero a diferencia del catalán, mi tía sí justificaba la existencia del monumento a la victoria y

argumentaba que las gentes de aquel tiempo de seguro no habían permanecido impasibles ante el ataque de los extranjeros. Según ella, la verdadera leyenda sin fundamento era la muerte de la tripulación italiana en alta mar porque de haberse sucedido habría hecho explotar un enfrentamiento por lo menos diplomático de proporciones notables que nunca surgió.

Salí por un momento porque llamaban al frente de la casa y me encontré con Eduardo que traía un recado de su mamá para mí. Ella quería conocer mis impresiones sobre el encuentro con su padre y consultaba mi parecer al respecto de repetir o no las entrevistas. Por supuesto que solo contesté con opiniones favorables y le mandé decir a la señora que antes bien me honraban mucho la compañía de su padre y su conversación.

Cuando consideré que había vencido las aprehensiones de Eduardo lo despaché cortésmente y entré de nuevo para cenar.

-Sí, bueno –dijo mi tía- eso sí sabía yo, que él y su familia habían vivido en esa casa. Los de mi época la llamábamos “La casa quemada” y por supuesto que los más viejos la llamaban “La esquina de Las Marías” pero yo no estaba ni cerca de nacer. El coronel Mora vivió en los tiempos en que mi papá era un adolescente apenas; casi que más bien un niño. Aunque según contaba mi mamá, mi papá cumplió trece o catorce años cuando se quemó esa casa...

La cena transcurrió toda ella sazonada con anécdotas y comentarios sobre el coronel Mora que mi tía iba rescatando de su memoria sin orden ni concierto y con aportaciones mías de acuerdo con lo que aquella tarde me había contado el señor Garch.

- ¡Eso sí! -acotó mi tía llevándose la mano derecha hacia el brazo izquierdo mientras lo elevaba apuñando la mano- dicen que el hombre era manga larga. Según dizque se gastaba una mandarria que no se la aguantaba nadie. Dicen que a cuanta criatura se pasaba por debajo del ombligo la hacía padecer.

Aquí en este punto nos reímos un poco y nos fuimos por las ramas haciendo bromas y comentarios más o menos irrelevantes.

Cuando terminamos de comer salimos un rato por el portón que da a la playa. Hacía calor y la noche estaba particularmente oscura. Poco estuvimos afuera y regresamos para ir a dormir. Yo pensaba en el viejo Puerto Real, en el coronel Mora, en mi abuelo jovencito, en Joseíto Garch; y en que debía ser puntual al día siguiente.



CAPÍTULO XIV

-No veo por qué debamos oponernos. Hasta donde yo lo veo me parece una cosa normal. Ambos son personas solteras y sin impedimentos legales. Por otro lado, la diferencia de edades tampoco es tanta... -dijo el doctor Contreras-

- ¿No ve usted impedimentos? ¿Qué le parece el derecho a decidir? ¡Porque estemos claros en que fue él quien se impuso! Esa niña no ha tenido tiempo de expresar su consentimiento... -ripostó el padre Albarrán-

- ¡No tiene caso! Un padre siempre tiene el deber de buscar lo mejor para sus hijas. Y aquí no hay mejor partido para María Inmaculada que el coronel Mora –zanjó Contreras-

Era la tercera vez que se reunían sin llegar a un acuerdo. El juez Weffer temblaba ante la sola idea de desairar al pretendiente haciendo ir a su hija lejos de Puerto Real. Por eso rechazaba el proyecto de sacarla hacia las islas en la primera ocasión posible.

¡Y luego está el hombre ese que tiene mil ojos en todas partes! ¡El tal Larreta! No parece que estuviera bajo las órdenes de Mora sino del mismísimo demonio. Siempre está cerca, siempre me vigila –dijo el juez a punto de llorar-

- ¡Cálmese! ¡Cálmese Weffer! Que llorando no vamos a conseguir nada. Tenemos que pensar en algo para impedir ese matrimonio –dijo el cura-

¡Pues yo no pienso meterme más en este asunto! Y que les quede claro de una vez - sentenció Contreras-

Con leves toques a la puerta el secretario Medina llamó al juez Weffer para solicitar su firma y entregarle un par de cablegramas que recién llegaban. Todos recobraron la compostura por unos instantes y guardaron silencio delante del secretario.

Cuando Medina dejó el despacho, el padre Albarrán volvió al ataque:

- ¡Es prácticamente una niña! Todavía no alcanza los dieciocho años, señor jefe civil.

- ¡La virgen María parió de catorce años, señor cura! – respondió Contreras-

- ¡Usted es un irreverente! -gritó el padre Albarrán al tiempo en que se levantaba de su silla-

- ¡Y usted es un metiche! –respondió con firmeza el doctor Contreras a la par que se levantaba y salía del despacho dando un portazo.

El sol brillaba con su habitual intensidad y la ausencia de brisa acentuaba la fuerza del rey de los astros en la calle. Bajo un árbol de la plaza Páez, Juan Bautista Larreta fumaba tranquilamente.

Unos pocos días después llegó a Puerto Real la señora Próspera Dávila proveniente de Paraguaná quien por muchos años había estado al servicio del juez Weffer y su familia. Ella le ayudó en la crianza de sus hijas tal cual había ayudado a criar a la difunta madre de las muchachas. Una vez instalada en la casa del juez se propuso

junto a Séfora Reyes ir preparando a María Inmaculada “en esas cosas que deben saber las mujeres para casarse”

-No va a ser usted quien me diga a quién debo meter en mi casa. Bajo mi techo mando yo, señor Weffer –apuntó agriamente el coronel Mora-

- ¡Por favor! –imploró el juez- Será solo para que mi hija aprenda a hacer su papel de esposa. Además, Próspera les será de gran ayuda para mantener la casa. Sería como el ama de llaves... y un hombre de su prestancia ¿Cómo no iba a tener servidumbre? Piénselo bien. Acaso también le convenga llevarse a Séfora con ustedes, coronel...

Mora, tomó el sombrero que había dejado en la silla vacía que tenía a su lado, se levantó y respondió al juez:

- ¡Lo voy a pensar! Que tenga buen día...

Weffer lo acompañó hasta la puerta de calle y al despedirse del coronel echó la vista hacia la plaza Páez y respiró aliviado al constatar que no había nadie observándolos. Desde su puerta, se veía que también la casa parroquial estaba cerrada y que frente a la tienda de Rivas tampoco había nadie.

Miró calle arriba, hacia la casa de aduanas, y contempló la misma soledad.

Cuando ya se disponía a cerrar un hombre pasó por la acera de enfrente como si viniera de la plaza Páez y levantando levemente el sombrero simuló un saludo militar llevándose la mano derecha a la sien en gesto más bien de burla; era Juan Bautista Larreta.

En cuanto terminaron de llegar los enseres encargados a Curazao y ni bien arribaron los muebles procedentes de Ureña y Pamplona estuvo todo listo para la boda. María Inmaculada Weffer nada opuso a las pretensiones amorosas del coronel Mora y antes dio por sentado que así debían ser las cosas en materia de matrimonio. Sobre a los modos de conducirse en la alcoba fue instruida por Próspera Dávila y cada lección hacía ruborizar a la doncella hasta alcanzar la fiebre.

Sin embargo, la inocultable vergüenza generaba al mismo tiempo una desesperante curiosidad en la joven que ya quería sentirse poseída por el marido y anhelaba cuánto antes la desgarradora caricia del desfloramiento.

- ¡Es natural, hija! –dijo Próspera- Tú ya eres una mujer ¿cómo va a ser pecado querer que te coja el que va a ser tu esposo? No, señorita, usted no se va a confesar de eso porque eso no es pecado...

Habida cuenta de que el padre Albarrán alegó que debía realizar unas visitas a los extremos más lejanos del municipio vino desde Santa Ana un fraile agustino que hacía las veces de Vicario Episcopal.

La calle frente a la iglesia se llenó de curiosos porque de Puerto Real no se invitó a nadie. Los pocos asistentes provenían de Santa Ana y alguno que otro hacendado de los contornos quienes acudieron más por temor a defraudar al coronel antes que por correspondiente amistad. Los pocos invitados de Paraguaná nunca llegaron. En la casa de aduanas se ofreció el banquete y el baile oficial. Tras el festejo, los nuevos esposos se trasladaron a su casa.

La mañana siguiente a la boda el coronel Mora madrugó según su costumbre que no distinguía al lunes del sábado. Al dirigirse a la cocina encontró a Próspera y a Séfora dispuestas para el servicio. Tomó café sin pronunciar palabra y ordenó para el desayuno arepas, huevos y queso. Cuando despachó sus platos se levantó de la mesa y a la puerta de la cocina dijo sin mayor ceremonia:

- ¡Próspera! Vaya al cuarto y atiende a la señora...

Al cabo de varios días, y sin que nadie se diera cuenta, Séfora Reyes salió de Puerto Real en compañía de María Josefa rumbo a Santa Ana para establecerse allá. A Segismundo Medina le contaron que unos días antes del matrimonio, el coronel Mora le había dicho a Larreta mientras pasaba revista a los acantonados:

-Dele un añito más a la menor y la pide para casarse. Deje de andar revolcándose con cuanta piojosa encuentra por esos montes...

CAPÍTULO XV



Cuando Eduardo llegó a la plaza de la victoria yo tenía varios minutos de encontrarme ahí pues había determinado que no volvería a pasarme eso de hacer esperar a Joseíto Garch. El catalán venía de copiloto y yo acudí para abrirle la puerta mientras el nieto iba por la silla de ruedas puesta en el asiento trasero. Como era inminente la llegada de Gladys y de mi hija junto con Nina, le dije a Eduardo de parte de mi tía que para el día siguiente esperábamos contar con la ayuda de Celia en los quehaceres de la casa.

Ya instalados en la plaza, el catalán me pidió que de nuevo lo sacara de la silla y lo pusiera en un banco.

-Del juez Weffer siempre se dijo que era maricón y que tenía un ayudante al que hacía pasar por ahijado y por secretario. Cuando yo era un adolescente oía decir que ese tal Medina era de escaparse algunas veces hacia un burdelito que estaba por allá por el camino de Los Reventaderos pero que no se acostaba con las putas sino con un mariquito al que llamaban “Pepe La Perra”

-Yo me acuerdo que la vieja esa del burdel hacía negocios con papá y se trataban de compadres. Ella compraba cortes de tela, quesos finos, whisky, vinos y otras vainas que papá traía de Curazao. Lo cumbre es que era de por allá de por los lados de Barinas pero se hacía llamar “Madame”

Entonces, el catalán sucumbió a un ataque de risas y luego siguió contando:

- ¿Usted puede creer ingeniero? Aquí se hacía llamar Madame Faucon, pero según mi papá era porque su verdadero sobrenombre no le gustaba. A ella la conocían como “La gaviolana” porque dizque iba robándose “las pollitas” para meterlas al negocio...

-La verdad es que yo si no lo recuerdo mucho porque él no era hombre de tratar bien a la gente. Tenía, sí, unas hijas muy bonitas. La única vez que lo vi actuar fue cuando el coronel Mora le dio la paliza al pobre Turulo a mitad de la calle y él le hizo un disparo; pero sí, ese Contreras era otro pícaro. Mucho tiempo después de la tragedia lo vinieron a buscar en una comisión de Caracas y se lo llevaron preso. Yo supe que murió en la cárcel...

- ¿El de la tienda? ¡El de la tienda era de apellido Rivas! Y también era gocho. Varios muchachos de mi época trabajábamos ahí en ese negocio cargando las mercancías, despachando a los clientes, entregando las compras en las casas... Figúrese que algunas veces pasaba gente que dejaba la lista de compras y uno tenía que ir después a llevar los encargos y a cobrar a lugares tan lejos como Los Carrizos o hacia los lados de El Reposo y de La Mora. Igual, lo que llegaba en lanchas lo dejaban en el muelle y uno tenía que llevarlo a la tienda con carretillas o a mano. Rivas era bueno, muy buena gente, pero bebía mucho... ¡Todos los días le echaba algo al saco! Aunque fuera un cuarto de botella.

- ¡Por supuesto que sí hubo uno! El cura... ese padre Albarrán fue el único que quiso parársele a Mora y además hizo las diligencias para que lo pusieran preso. Pero le salió el tiro por la culata porque el coronel logró que lo trasladaran a Santa Ana y luego a un pueblo de la serranía. Allá lo mordió una serpiente y murió por falta de auxilio. Entonces quedó Puerto Real sin párroco por mucho, mucho tiempo... Juan Bautista Larreta que era el padrino de un hermano mío y por lo tanto, compadre de papá, se puso a decir en todas partes que así morían los que se metían con el coronel Mora y la gente le cogió más miedo.

-Bueno sí, eso dicen, que después de casado se dulcificó un poco y era menos brusco con la gente. Yo recuerdo haberlo visto vestido de militar en alguna ocasión. Era un carajo altísimo, cuadrado; un hombre fornido. Era pelirrojo y siempre iba armado, bueno, los domingos para ir a misa no llevaba el revolver; al menos no lo llevaba a la vista...

Por la acera, una cuadra más arriba de donde nos encontrábamos, distinguí a la hija de Garch que venía con rumbo hacia nosotros y deduje que ya eran las seis de la tarde. Nos despedimos con gran cortesía y yo experimentaba una gran satisfacción. Crucé la calle y me detuve frente a aquel espacio que alguna vez ocupara la esquina de Las Marías.

Me metí al terreno y anduve por ahí mirando sin ver y sin hallar lo que buscaba porque no sabía qué estaba buscando.

Algo me produjo una sensación de terror repentino, tanto, que sentí náuseas. Me apresuré para salir a la acera y torpemente tropecé y caí. Una ola de calor me invadió y por un momento sentí como que me abrasaba el fuego de un enorme incendio. Por un instante perdí la visión de todo, todo era oscuro. Pero solamente fue algo de segundos.

Unos muchachos que subían desde el liceo corrieron hacia mí y me ayudaron a levantarme aunque bien podría haberlo hecho yo solo porque no fue mayor cosa. Tras asegurarles que estaba bien y que no necesitaba de nada emprendí la marcha tranquilamente.

Una vez en casa no comenté con mi tía nada de lo que me había sucedido puesto que hasta ese momento lo consideraba algo irrelevante. Pasé a la habitación para tomar una ducha y cambiarme de ropa y fue solo ahí cuando me percaté de que mi ropa, toda mi ropa, olía a humo como si yo hubiera estado expuesto a una gran quema. Me asusté, me asusté mucho; y tras sentarme en la cama un rato resolví apurar el baño porque ya debía estar lista la cena. Cuando salí del cuarto con rumbo a la cocina me encontré a mi tía hablando con Eduardo.

-Usted perdone el abuso ingeniero, necesito que por favor me preste su carro para llevar a papabuelo al hospital de Santa Ana. Lo tenemos aquí en el puesto de socorro pero el médico dice que hay pasarlo al hospital. Tiene el ataque ese que le da que no puede respirar...

Inmediatamente le di las llaves y unas pocas instrucciones. Le ayudamos a abrir las puertas del garaje y cuando él se fue nosotros pasamos a cenar.

Estuvimos hasta cerca de las nueve de la noche sentados junto al portón que daba hacia la playa hablando mil naderías. Cuando llegué a mi habitación persistía en mi ropa el olor a humo; tanto, que me decidí a sacarla y ponerla en una silla del corredor.

Desperté pasadas las ocho de la mañana con todo y que había planeado madrugar para ir hasta Santa Ana bien temprano. Encontré a mi tía en la cocina y me informó que cerca de las cinco había vuelto Eduardo con el carro pero que el catalán seguía hospitalizado.

- ¿Sabes? –dijo mi tía mientras me servía el café- ayer se cumplieron setenta años del incendio de la casa de Las Marías...

CAPÍTULO XVI



El nacimiento de María Luz fue saludado con fuegos artificiales. En la plaza de la casa de aduanas el coronel Mora en compañía de Larreta y de unos pocos soldados quemaba petardos de distintos géneros. El doctor Contreras, el señor Rivas y tal vez un par de vecinos más se acercaron para saludar y felicitar al coronel. Por supuesto, también para brindar con las generosas cantidades de whisky confiscado que Mora ofrecía a los presentes. El juez Weffer estaba en Santa Ana desde la tarde anterior acompañando a su hija en el trance del parto. Por disposiciones del coronel, su esposa y su hija no volverían a Puerto Real antes de cuarenta días.

- ¡Usted va a ser el padrino de bautizo doctor Contreras! –
expresó emocionado el coronel-

Y cumplido el plazo de la cuarentena María Inmaculada Weffer de Mora volvió a Puerto Real con una hermosa niña en brazos.

Cuando la niña cumplió los tres meses de nacida fue bautizada, por lo que se ofreció un banquete en la casa de aduanas al cual no asistió la mayoría de los invitados. Mora no se tomó a pecho aquel desaire sino que hizo pasar a la soldadesca de guardia y los puso a la mesa. En un raptó de simpatía que no conoció precedente alguno, el mismo coronel servía a sus invitados castrenses. Cuando la sobremesa amenazaba con volverse simple cháchara hizo una señal a Larreta y los soldados fueron saliendo uno a uno mostrando su gratitud con zalemas exageradas y saludos militares.

Para el primero de los cumpleaños de María Luz su mamá esperaba a su segunda hija: María Gracia.

María Gracia nació en Puerto Real asistida por la fidelísima Próspera Dávila y por una señora que prestaba servicios de enfermera en el puesto de socorro, habida cuenta de lo adelantado del nacimiento de la niña. El doctor Almeida aconsejó que la madre y la niña fueran pasadas a Santa Ana cuanto antes a fin de recibir mayores cuidados. Al día siguiente, se realizaron las recomendaciones del médico y las mujeres se establecieron en la capital del estado por casi cuatro meses. En todo ese tiempo, el coronel Mora no fue a la ciudad ni en una sola ocasión, aunque a diario tenía noticias de su familia mediante propios.

Por aquellos días sucedió el crimen palatino que cobró la vida del hijo mayor del presidente de la república y las investigaciones que siguieron al hecho se tornaron en una auténtica cacería de brujas que si no alcanzó a llenar los recintos carcelarios de la capital fue por la eficacia de la ley de fugas. A todos cuantos por una razón u otra se los señalaba como posibles implicados se les seguían juicios sumarios que bien podían terminar en el paredón de fusilamiento. El presidente había enloquecido y no era para menos.

Esa misma circunstancia llevó a renovar los cuadros militares en todo el país y así el coronel Mora terminó comandando las fuerzas militares del estado conservando su rango y añadiéndosele el carácter de “supremo interventor” que lo facultaba para revisar actuaciones, administrar justicia en el fuero castrense y realizar

ascensos. Para disgusto de todos y sorpresa de ninguno Juan Bautista Larreta ostentaba ahora el grado de Mayor.

Con el doctor Contreras como padrino de María Gracia, se la bautizó en la catedral de Santa Ana aquel fatídico sábado de marzo en que se ahorcó el presidente de la república.

Con él murió también el orden que hasta el momento había reinado. Los conatos de saqueo y alzamiento se pusieron a la orden del día. Los viejos generalotes de otras épocas desempolvaron sables y uniformes para capitalizar la fuerza del movimiento insurreccional pero eso trajo como consecuencia el surgimiento de numerosas facciones que se enfrentaban unas contra otras sin orden ni concierto y en pocas semanas el gobierno transitorio aplacó la situación.

Del triunvirato que formaron el doctor Marte Bastidas, el general Solano y el poeta Herrero Gil resultó que el segundo fue elegido para terminar el periodo presidencial y para postularse en unas nuevas elecciones.

En los días de mayor crisis, el coronel Mora hizo llevar a su familia hasta Puerto Real y ordenó para ellas toda la custodia posible. Como Chirinos resultó acusado de sedición, ordenó que fuera pasado por las armas e hizo a Jiménez capitán.

Cuando al fin pudo volver a su hogar intentó poner en orden todas las cosas y comenzó por investigar el robo de unas reses, la destrucción de todos los cultivos y el intento de desmantelamiento de “La Mora”

Fiel a sus usos, el doctor Contreras nada dijo cuándo el coronel comenzó a aplicar multas y sanciones para recuperar su patrimonio en tiempo récord. Acudir al juez Weffer era perder el tiempo a causa del miedo que su yerno le infundía

Entonces vino la desgracia: las fiebres palúdicas postraban a María Inmaculada Weffer de Mora que sucumbía ante los desmayos y delirios. Se recuperaba por unos días y recaía con mayor severidad en sus achaques. Se hizo necesario incorporar al servicio a una madre nutricia para amamantar a María Gracia.

Una mañana de viernes se escucharon disparos en la casa, dos zamuros cayeron muertos en el patio de atrás; un tercero voló desde la chimenea del fogón hacia los lados de “Los Reventaderos” y ya al mediodía la joven señora había muerto.

Con las primeras horas de la tarde se abrieron las puertas de la casa para el velatorio. El juez Weffer permanecía junto al féretro recibiendo los saludos de pésame al lado de María Josefa a quien escoltaba Séfora Reyes. Mora, vestido con sus arreos militares permanecía en medio del patio central sentado en una silla mecedora con aspecto solemne y lejano.

A una señal suya el capitán Jiménez hizo pasar a cuatro soldados directo al patio de atrás. La señorita Emiliana y la maestra Elisa se ocupaban de los rezos.

Cuando fueron las diez de la noche, el mayor Larreta y el capitán Jiménez comunicaron a los presentes que debían retirarse por

órdenes del coronel Mora. Nadie chistó en lo más mínimo, ni siquiera el juez Weffer como padre que era de la difunta.

Al día siguiente, cerca de las nueve de la mañana todo el pueblo estaba congregado al frente a la casa, pero las puertas no habían sido abiertas. Las puertas no se abrieron nunca más...



CAPÍTULO XVII

Me dirigí al hospital con muchas aprehensiones y admito que tuve la más agradable de las sorpresas al encontrarme con el catalán muy sentado en la cama y en afán conversador. Se notaba que había pasado por la ducha y que lo habían afeitado primorosamente. Tras los saludos de rigor, la mamá de Eduardo y otra señora que estaba ahí me cedieron una silla y salieron de la habitación para dejarnos solos.

-Ahí estaba todo el mundo, todo el mundo... Había un muchacho medio gafo que era monaguillo y mandadero del padre Albarrán, uno llamado Matías, que sostenía el incensario mientras otros carajitos llevaban la cruz y las velas. Cuando el cura iba a cruzar la calle para tocar la puerta salió el coronel Mora vestido para la faena y puso el candado en las argollas de afuera. Ahí tuvieron sus palabras y Mora le dijo al cura que se fuera pa la mierda porque a él era a quien le dolía su mujer y ya la había enterrado, que qué coño estábamos haciendo ahí, que buscáramos oficio... Yo recuerdo que ya de adulto mi tío Pedrito – un hermano de mi abuela- nos contaba que él y otros tres habían hecho la fosa en el patio central de la casa después que despacharon a la gente en la noche del velorio y que habían tenido que volver a enladrillar después de la sepultura. Que según dizque habían trabajado hasta la madrugada...

- Después de viudo se puso peor de malgenioso de lo que había sido de soltero. Yo recuerdo que Rivas siempre nos

alertaba: ténganle miedo al coronel Mora, ni lo miren ¿No ven que tiene el alma ennegrecida? Yo nunca entendí eso cuando era muchacho...

- ¡Sí, claro que sí! Una vieja que se llamaba Próspera Dávila se quedó con ellas hasta que pasó lo que pasó. Hasta la noche del incendio... Cuando eso pasó la mayor tendría unos trece años y la menor unos doce. Las ventanas del frente de la casa estaban claveteadas por dentro y aseguradas con travesaños de modo que no podían abrirse. Las ventanas del cuarto de las muchachas fueron condenadas con ladrillos, de modo que por el costado del callejón Sucre la casa parecía tener dos ventanas pero estaban inutilizadas por dentro, tapiadas. La única ventana que sí daba a la calle era la de una oficina que tenía Mora y que se abría hacia la calle Toledo que era el otro costado de la casa. Allí fue que se encerraron las muchachitas y por eso se salvaron, porque la gente rodeó la casa y desbarrancaron esa ventana, sino se mueren quemadas también. Aunque Mora se quemó después de muerto, él no murió quemado...

-Después supimos, a los pocos meses, que María Gracia estaba por parir. María Luz se volvió loquita ¡Pobre criatura! y murió jovencita...

-Por eso enloqueció el coronel Mora. Él regresaba esa noche de tomarse los tragos y al cruzar en la calle Toledo vio al muchacho sin ropa que estaba agarrado de los balaustres de

la ventana y a María Gracia desnuda por el lado de adentro en el mismo plan... ¡Menos mal que no cargaba el revólver! Pero cometió la torpeza de gritar y el muchacho se asustó y salió corriendo. Borracho como estaba, Mora andaba torpe y cuando intentó correr tras él, se fue de bruces...

Cuando uno de los encargados pasó diciendo que la hora de visitas había terminado y que debíamos salir no me quedó más que obedecer. La mamá de Eduardo sí se quedó y yo me traje hasta Puerto Real a la otra señora

Mi tía Ana Jacinta y yo salimos por el portón después de la cena y yo comencé a contarle mis impresiones acerca de la evidente recuperación de Joseíto Garch.

- ¡Ah carajo! Malo, malo... -dijo mi tía- ¡El que se va a morir se estira!

Yo me reí mucho y le dije que era imposible que aquel impulso vital, aquella fuerza, se perdieran así como así de un momento a otro. Pero pasada la medianoche vino Eduardo para que de nuevo le prestara mi carro para ir a Santa Ana: José Emilio Garch “el catalán” había muerto.

CAPÍTULO XVIII



Próspera Dávila se sobresaltó al escuchar un ruido torpe de llaves que intentaban abrir la puerta de la casa y salió corriendo al cuarto de las niñas, pero ya las consiguió despiertas y atemorizadas, abrazadas la una a la otra.

Convertido en una verdadera tromba entró el coronel Mora apresurándose en cerrar de nuevo mientras maldecía a diestra y siniestra presa de un ataque de ira

-Pero ¿Qué le pasó coronel? ¿Qué tiene?

Un fortísimo bofetón que hizo que Próspera diera con su cuerpo al piso fue la inmediata respuesta.

- ¡Maldita vieja cabrona! ¡Maldita seas! Nunca debí meterte en mi casa... ¡Pero hasta hoy viviste! ¡Hoy te vas a morir!

Las niñas aterradas corrieron al despacho de su papá y se encerraron allí. Luego aseguraron la puerta al tumbar contra ella una pesada biblioteca. Inmediatamente comenzaron a arrimar más y más cosas contra aquella puerta que ya comenzaba a ser azotada por su colérico padre.

Próspera Dávila intentó levantarse en medio del patio y Mora llegó hasta ella. La pateó con gran fuerza en el estómago y luego la tomó por los cabellos para azotarla una y otra vez contra el piso hasta que la supuso muerta.

Gritaba maldiciones y blasfemias como un loco. Recordó de pronto que el revolver estaba en el escritorio y quiso de nuevo entrar al

despacho, pero no lo consiguió. Una y otra vez se descargaba contra la puerta, pero ésta no cedía.

- ¡María Gracia, abra la puerta! ¡Abra la puerta María Luz!
¡Maldita sea, que abran la puerta!

Por un instante pareció calmarse. Al poco, las niñas escucharon un trasteo de muebles y el llanto ahogado de su padre. Un inconfundible olor de queroseno invadía la casa mientras el ruido de muebles continuaba de tanto en tanto alternado por el llanto, ahora rabioso, del coronel Mora.

Una voz de alarma sacudió la apacible noche de Puerto Real:

- ¡Un incendio! ¡Es un incendio! Se quema la casa del coronel Mora, se quema la casa de Las Marías...

Todos cuantos podían hacerlo acudieron en auxilio, pero el fuego voraz ya había comenzado su labor destructiva y no se arredraba por unos escasos baldes de agua que empezaban a llegar. Lograron abatir la puerta del frente y se hallaron con que casi todos los enseres de la casa obstruían el zaguán, y por la puerta ahora abierta, penetró con fuerza el viento que avivó más aún el fuego. No pudieron entrar a la casa.

De pronto alguien dijo

- ¡Dios mío! Las niñas...

Y se fueron por el callejón Sucre para tratar de abrir las ventanas sin saber que eran falsas, que estaban tapiadas. Otros corrieron hacia la

calle Toledo y con improvisadas herramientas dieron cuenta de la ventana y ahí encontraron a las niñas. No bien las habían sacado alguien alertó:

- ¡Cuidado que se cae la cae la casa!

Y entonces una sucesión de crujidos y chirridos como de monstruo herido dio pasó al gran estrépito de la caída de la casa que levantó nubarrones de polvo y grandes llamaradas.

- ¡Ave María Purísima! Pero ¿qué es eso Dios mío? –gritó uno del montón mientras señalaba hacia la casa en ruinas.

Y allí en medio del primer patio, en un árbol que apenas comenzaba a arder, pendía como una siniestra piñata el cuerpo a medio quemar del coronel Mora.

Cuando el mayor Larreta y el capitán Jiménez quisieron ir por el cadáver, una nueva ráfaga de viento avivó los fuegos y enormes llamaradas lo envolvieron todo, en medio de los gritos de horror de todos los presentes.

Nadie pudo hacer nada...

La señorita Emiliana y el doctor Contreras junto con el capitán Jiménez resolvieron que había que llevarse a las niñas a Santa Ana aquella misma noche porque el juez Weffer se encontraba en la ciudad.

A la mañana siguiente, el mayor Larreta dispuso de lo que había quedado del chamuscado cadáver. Sin embargo, por órdenes del

doctor Contreras no se lo sepultó en sagrado sino en la parte posterior del cementerio, en un terreno baldío que a veces se anegaba y donde algunos botaban las vísceras de los animales después de la matanza o los restos del pescado.

En lo de Rivas reinaba un ambiente extraño. Nadie había venido a comprar nada, nadie había venido a conversar siquiera. De los muchachos que se ganaban la vida con los mandados y caleteando mercancías faltaba Evaristo el hijo de Clemente. Cerca de las nueve de la mañana Rivas abrió una botella de ron y se sirvió un trago, en eso, llegó Clemente que iba con rumbo a “El Reposo” a ver sus animales y sus siembras...

- ¡No, qué va amigo Rivas! Uno no tiene ayuda con esos muchachos. Figúrese que ese diablo me llegó anoche desnudo a la casa ¡Con los puros zapatos puestos! ¡Vaya usted a saber en qué diablos andaba metió!

Pero yo lo mondé, carajo; y le dije que si se iba a poner de contrabandista yo mismo lo denunciaba.

Tras una breve conversación y una compra de poca cosa Clemente siguió su rumbo. Entonces Rivas se dirigió a uno de los más jóvenes:

- ¿Si vio José Emilio? ¿Si vio? Déjese de andar por esos montes con su padre, déjese de eso...

-FIN-



Nació en Santa Ana de Coro en 1972. Es licenciado en educación y Magister en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda. Premio Nacional de Crónicas literarias, Editorial Madriguera (diciembre 2018) sus cuentos y relatos se han publicado en DIGOPALABRA.TXT (diciembre 2017), Revista AWEN (abril 2018), 4 Dromedarios (septiembre 2018), El Narratorio – ARGENTINA- (diciembre 2018), El Narratorio –ARGENTINA- (julio 2019), Revista IBÍDEM –México- (agosto 2019), Revista PRUKA (marzo 2021), Pabellón cultural (mayo2021Revista PRUKA (septiembre 2021). Es autor de la publicación EL CERETÓN Y OTROS RELATOS. Editorial AWEN/PALÍNDROMUS (mayo 2019), LA ORFANDA EN LA NOVELÍSTICA DE VIRGINIA GIL DE HERMOSO (Fondo Editorial UNEFM, 2022)

